



Boletín de Antropología Universidad de
Antioquia
ISSN: 0120-2510
bolant@antares.udea.edu.co
Universidad de Antioquia
Colombia

Botero Páez, Sofía

Anotaciones al margen de la teoría y la práctica de una arqueología marginal y marginada, realizada sobre espacios geográficos invisibles. Estudio de caso: Antioquia (Colombia)

Boletín de Antropología Universidad de Antioquia, vol. 22, núm. 39, 2008, pp. 207-249
Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=55711908009>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Anotaciones al margen de la teoría y la práctica de una arqueología marginal y marginada, realizada sobre espacios geográficos invisibles. Estudio de caso: Antioquia (Colombia)

Sofía Botero Páez

Profesora Departamento de Antropología

Universidad de Antioquia

Dirección electrónica: sboteropaez@gmail.com

Botero Páez, Sofía. 2008. "Anotaciones al margen de la teoría y la práctica de una arqueología marginal y marginada, realizada sobre espacios geográficos invisibles. Estudio de caso: Antioquia (Colombia)". En: *Boletín de Antropología* Universidad de Antioquia, Vol. 22 N.º 39, pp. 207-249.
Texto recibido: 27/02/2008; aprobación final: 06/06/2008.

Resumen. A partir del análisis detallado de informes y publicaciones, se exploran los determinantes interpretativos y metodológicos del registro arqueológico en una región que, si bien podría considerarse como punto de contacto y de entrada al continente, permanece ignorada, e invisibles los vestigios de su antiguo y dinámico poblamiento. Se propone y se pretende demostrar cómo a lo largo de la escritura se imponen criterios administrativos y prácticas y discursos repetidos mecánicamente, entre los cuales se enmascaran, pierden o ignoran las evidencias y objetos que, se supone, se está buscando.

Palabras clave: Colombia, Antioquia, arqueología, teoría, metodología, periodización, cronología, formaciones sociales, cerámica, oro.

**Notes on theory and practice of a marginal and marginalized archaeology, carried out on invisible geographical spaces.
A case study about the region of Antioquia, northern end of the Andean mountain range (Colombia, South America)**

Abstract. Based on a detailed analysis of reports and publications, the interpretative and methodological determinants of archaeological record from Colombia are explored. This is done in a region where

many traces of an antique and dynamic settlement process remain ignored and invisible. The proposal intends to demonstrate how the writing of history has imposed mechanically repeated arguments and practices, which in the end have masked and lost crucial evidences and a broader object of study.

Keywords: Colombia, Antioquia, archaeology, theory, methodology, chronology, social formation, ceramics, gold.

A menudo, el rendimiento de la máquina científica es desalentador: para que la medicina avance un ápice es preciso sacrificar millones de cobayos y de ratas blancas; pero el cobayo se reproduce a voluntad, mientras que el yacimiento arqueológico se excava una vez y desaparece

André Leroi-Gourhan, *La prehistoria*

Introducción

Los resultados y reflexiones que aquí se presentan se derivan de la investigación titulada *Tradición y cambio en el poblamiento antiguo del Valle de Aburrá*, inscrita en el Centro de Investigaciones Sociales y Humanas de la Universidad de Antioquia y realizada bajo la modalidad de año sabático. Se pretendía sintetizar y correlacionar la diversa información existente producto de la investigación arqueológica, con el objeto de presentar una panorámica histórica amplia del poblamiento prehispánico del Valle de Aburrá. Esto llevó a consultar y analizar centenares de documentos, diseminados en oficinas, centros de documentación y archivos personales, resultado de muy disímiles prácticas y motivaciones. Pese a que el mayor volumen de la información está referido a investigaciones y hallazgos realizados durante los últimos veinte años, apenas una fracción de esta voluminosa información se encuentra publicada, y otra, no mucho mayor, disponible para consulta bajo el formato de informe científico. La búsqueda bibliográfica relacionada con la arqueología del Valle de Aburrá exige, además, el análisis de la memoria y tradición oral de investigadores y observadores de los hallazgos, y el desciframiento de la lógica temporal, administrativa, espacial y logística que imponen las empresas contratantes. Dependiendo de la envergadura de los proyectos (muy grandes o muy pequeños), puede hacerse prácticamente imposible la búsqueda de información usando los descriptores geográficos, de autor o palabra clave, al tiempo que es obligatorio consultar gran cantidad de documentos cuyas características y validez son difíciles de determinar, en la medida en que no ofrecen información explícita sobre el tipo de documento de que se trata: informes preliminares, borradores, propuestas, resúmenes ejecutivos, documentos de trabajo, etc., de investigaciones que se desarrollaron durante varios años.

Lo anterior en cuanto a los informes escritos. Al tratar de localizar los hallazgos mismos (fragmentos cerámicos, piezas completas, líticos, semillas, etc.), con el objeto de verificar la información y realizar comparaciones, la situación empeora y se torna francamente caótica: la dispersión es aún mayor, nadie sabe, nadie responde. A falta de una normatividad clara al respecto, a pesar de los esfuerzos institucionales

de la Universidad de Antioquia en cabeza de su Museo Universitario, ni empresas ni investigadores han asumido la responsabilidad de salvaguardar estos materiales: unos porque no quieren, otros porque no pueden; el resultado concreto es que la muestra con que se cuenta para el análisis es muy poca y, en general, descontextualizada.

Al abordar de manera sistemática el abigarrado conjunto de informes al que nos referimos, plasmado en por lo menos 25.000 cuartillas, resultaron claros no solo los aspectos económicos y sociales en que se desarrolla la arqueología en la región y el país, sino las tendencias teóricas y metodológicas que han determinado su práctica. En este artículo nos interesa mostrar cómo, en la región, algunas de estas tendencias determinan además, el registro arqueológico mismo,¹ el cual, a nuestro juicio, a lo largo de la escritura, se va reduciendo hasta su más mínima expresión para dar paso a un discurso circular, en ocasiones ampuloso, en el que la mayoría de las veces el único protagonista es el investigador.

Es este discurso el que nos proponemos revisar, retomando el análisis ya comenzado por autores como Cárdenas (1987), Mora (1990, 1997 y 2000), Botero y Vélez (1995), Langebaek (1996), Piazzini (1995), Gnecco (1995a y b, 1999), Flórez, Mora y Patiño (1997), Obregón (1999 y 2003), Botero (1999 y 2000), Flórez (2001), Londoño (2006) y Lleras (2007). Trataremos de evidenciar y explicar lo que se considera como los problemas más recurrentes de la arqueología en la región, que a fuerza de ser ignorados y repetidos se han convertido en barreras analíticas muy difíciles de superar. Es seguro que la generalidad de algunos de nuestros planteamientos es arbitraria e injusta; sin embargo resulta claro que aquí, otra vez, la excepción confirma la regla. Para evidenciar asuntos que se consideran problemáticos se privilegiarán y citarán en extenso los textos publicados, en razón no solo de su carácter fundacional, sino porque hasta el año 1995 son, en términos generales, la única fuente de información con que se cuenta.

Se propone que el ejercicio arqueológico realizado hasta el momento en la región es marginal, en tanto no ha logrado incorporar activa y críticamente a su acervo conceptual y metodológico propuestas derivadas de las distintas corrientes teóricas, definir los términos y conceptos que utiliza y, menos aún, producir sus propios marcos analíticos e interpretativos; y porque sin autorreflexión ni autocritica, inmune a los cuestionamientos y sin preguntas, mecánicamente repite e incluso ignora o enmascara sus propios resultados. Asimismo, se considera que se trata de una arqueología marginada porque a pesar de la estratégica posición de su territorio, de la riqueza de sus recursos y de los muy importantes hallazgos realizados, aún no logra cambiar la percepción de la región en los procesos históricos antiguos, ni en Colombia ni en

1 Se refiere a las huellas, los objetos y los contextos antiguos; en últimas, los vestigios dejados por seres humanos en el sentido que les da K. C. Chang cuando plantea que “Un asentamiento se corresponde definitivamente con un grupo real de seres humanos. Son las gentes que construyeron, utilizaron y desecharon ese persistente testimonio monumental de su existencia y de su conducta” (Chang, 1977: 65).

América. Así mismo, la carencia de una reflexión sobre el paisaje y sobre las variables ambientales que determinan el poblamiento es una constante; la nominación de los espacios geográficos, en la mayoría de los casos, no solo es incompleta sino que desaparece para ser remplazada por el uso de categorías genéricas como *sitio* o *yacimiento*, o por el nombre de propiedades de particulares, compañías, proyectos o números, dejando muchas veces el ejercicio de investigación y los hallazgos con muy poca —en realidad ninguna— posibilidad de ser cartografiados. Se trata, además, de un ejercicio que por considerarse científico carece de toda referencia a la percepción sensorial del investigador.

Algunos datos iniciales

Langebaek (2003) señala con razón que algunos estudiosos y aficionados, sin ser formalmente arqueólogos, hicieron un importante aporte al conocimiento del pasado precolombino regional: Zerda (1972), Uribe Ángel (1985), Arango (1905), Montoya y Flórez (1922), Arango Cano (1924). Sin embargo, es solo en el año de 1977 que Antioquia entra en la escena de las problemáticas históricas y culturales de mano de la investigación arqueológica, cuando el investigador Graciliano Arcila publica un libro cuyo alcance geográfico y teórico lo hacen, sin duda hasta hoy, extraordinario en nuestro medio: *Introducción a la arqueología del Valle de Aburrá*; en él se presentan y comentan con detalle los hallazgos realizados hasta ese momento. El autor evidencia el rico registro arqueológico del Valle, propone interpretaciones sobre la cronología, origen y significados de algunas piezas, al tiempo que presenta una nutrida agenda de problemas y relaciones que deben ser trabajadas en el futuro. A pesar de ello, y quizás por encontrarse en el límite de un cambio epistemológico,² Graciliano Arcila ha sido marginado del ambiente académico local y su texto no fue y no ha sido suficientemente considerado por los arqueólogos: sus propuestas no fueron discutidas ni validadas, y en términos de la arqueología actual apenas ocupa, en algunos casos, un ineludible lugar en la bibliografía. Interesa destacar que aunque el propósito del autor no es hacer una clasificación de la cerámica que profusamente describe, sí menciona la existencia de una cerámica que asocia a la denominación de “complejo antioqueño”, el cual permanentemente contrasta con cerámica que considera “atípica” o “quimbayoide”; en sus palabras, se trata “del arte quimbaya decadente en su dispersión por territorio antioqueño” (Arcila, 1977: 105).

Si bien durante la década de los años ochenta se realizaron importantes investigaciones Gustavo Santos en los salados del altiplano oriental al Valle de Aburrá (1986) y en el golfo de Urabá (1989), y Neyla Castillo sobre hipogeos en el muni-

2 La corriente denominada histórico-culturalista fue cuestionada en los años 60 por lo que se denominó “Nueva Arqueología”, la cual, en suma, cambia algunas preguntas e incorpora modelos matemáticos e informática en el análisis de las evidencias; véase la manera en que tal cambio es presentado por Piazzini (1995 y 2003).

cipio de Sopetrán,³ además de varios trabajos de grado realizados por estudiantes al occidente del departamento, será solo hasta el año de 1988 que Antioquia aparezca nuevamente en el escenario de la arqueología nacional, con dos publicaciones, ambas de la arqueóloga Neyla Castillo: “Complejos arqueológicos y grupos étnicos del siglo XVI en el occidente de Antioquia” (1988a) y “Las sociedades indígenas prehispánicas” (1988b).⁴

Claramente que el público al que están dirigidos esos textos es diferente. Uno de los artículos, publicado en el *Boletín del Museo del Oro*, sin duda fue escrito para especialistas; en él, la investigadora articula la información contenida en las crónicas de Conquista y los resultados de las recientes investigaciones,⁵ para proponer la existencia de tres “complejos culturales”, identificados a partir de la distribución espacial de vestigios cerámicos cuyos estilo y técnica de elaboración presentan similitudes: modelada incisa, incisa con borde doblado y roja incisa,⁶ localizados respectivamente en el golfo de Urabá, el noroccidente y el suroccidente de Antioquia. Estos complejos, a su vez, coincidirían a “grandes trazos con la distribución de macrogrupos cultural y lingüísticamente afines en el siglo XVI” (Castillo, 1988a: 16). A pesar de esta “coincidencia”, no se le escapa a la investigadora la más amplia distribución de la tradición cerámica “roja incisa”, la cual no solo llegaría hasta el Valle de Aburrá, sino que también marcaría la fase de ocupación más antigua del complejo cultural del noroccidente; escribe:

[...] el llamado complejo *Rojo Inciso* que caracteriza la fase de ocupación más antigua, determinada en el sitio estratificado situado a orillas del río Cauca en el municipio de Sopetrán. Allí, de manera relativa se ha ubicado tal fase en épocas anteriores al siglo VI o VII d. C. El complejo cerámico es sustituido posteriormente por el complejo *Inciso* con

-
- 3 A pesar de la espectacularidad de los hallazgos de esta investigadora, los resultados de su trabajo no fueron publicados, y el informe final, presentado en 1984, durante casi dos décadas solo fue posible consultarlos en la biblioteca del Museo del Oro en Bogotá. Véase también Castillo (2006).
 - 4 Véase también la síntesis que Cadavid (1989) presenta sobre la arqueología en el Macizo Central Antioqueño.
 - 5 Un buen número de reportes corresponde a los resultados de prospecciones realizadas por los estudiantes de Castillo, quienes, estimulados por el descubrimiento de los hipogeos de Sopetrán, recorrieron sistemáticamente algunos de los municipios del occidente de Antioquia; entre ellos, es posible consultar a Girón (1989), Martínez (1989) y Montoya (1992) en la Biblioteca Central de la Universidad de Antioquia.
 - 6 Si bien la autora no define el concepto de “tradición”, es evidente que se refiere a una forma particular de hacer la cerámica, la cual solo es atribuible a una cultura (sociedad?) específica, que se identifica no en relación con sino en oposición a otras culturas, a su vez representadas por otra forma de hacer cerámica; igualmente resulta claro que, aunque no hace ningún tipo de referencia al respecto, Castillo utiliza propuestas conceptuales y metodológicas centrales para los denominados “histórico-culturalistas”, ampliamente popularizadas en el país gracias a la definición de estilos orfebres realizada por Margain en 1950 (Lleras, 2007).

borde doblado que predomina en el noroccidente del departamento [...] Al parecer, la llegada al Valle de los grupos portadores⁷ de este último complejo, implicó el desplazamiento de los portadores del complejo Rojo Inciso hacia las vertientes de las cordilleras y posiblemente hacia zonas diferentes de las ocupadas por los grupos más tardíos [...]. En Sopetrán, sobre las faldas de la cordillera existen algunos sitios que solo arrojan material Rojo Inciso y los contactos o relaciones entre los dos grupos no han podido verificarse; a pesar de que esta zona, al parecer, constituye el límite entre las dos regiones donde predominan las tradiciones reseñadas (32).

Sobre la forma de llamar las cosas, Castillo anota:

Las piezas presentan —como las demás de la tradición— un engobe de color rojo oscuro tendiente a marrón, tonalidad obtenida al ahumar ligeramente el engobe rojo original. Recipientes de forma similar han sido hallados en la región del macizo central en los departamentos de Caldas y Quindío y configuran una de las piezas-tipo para caracterizar el estilo *Marrón-Inciso* definido por K. Bruhns en su estudio sobre los complejos cerámicos del Cauca Medio (Bruhns, 1970 y 1997) [...] Teniendo en cuenta estas correspondencias y con miras a una unificación de terminologías, considero que el término *Rojo-Inciso* utilizado inicialmente para denominar el complejo hallado en el Valle y áreas contiguas, puede sustituirse por el nombre de *Marrón-Inciso* que ya es de uso generalizado dentro de la literatura arqueológica y por los investigadores que se ocupan de esta problemática (31, 32).⁸

El segundo texto, publicado como parte de la *Historia de Antioquia*, se escribe para un público mucho más amplio, y es fundamentalmente una síntesis de prácticamente todas las ideas y hallazgos conocidos hasta el momento en Antioquia y el continente. En palabras de su autora, se trata de un “esbozo sobre aspectos sociopolíticos y culturales de las sociedades prehispánicas y las contemporáneas con la conquista española”, con el cual se pretende dar a conocer “los logros de una milenaria experiencia colonizadora que precedió en siglos, tal vez en milenios, aquella que se reivindica como símbolo de los inicios de la historia regional” (Castillo, 1988b: 40). A partir de la información suministrada por los cronistas españoles concluye sobre la existencia de “grupos afines” que, en conjunto, constituirían “macroetnias” dedicadas a la agricultura y al intercambio de oro y sal:

-
- 7 La referencia a grupos “portadores” se popularizará y será recurrente a partir de la exposición “El Marrón Inciso de Antioquia” (Santos, 1993), y aunque no se ha realizado ninguna mención sobre las condiciones e imágenes inherentes a esta propuesta, en todo caso se trata de agentes del cambio —que llevan, que llegan con— y no de gente que produce.
- 8 A partir de aquí, la formulación de Bruhns (1970) sobre la relación entre el oro Quimbaya (clásico) y la cerámica Marrón Inciso será repetida hasta la saciedad; sin embargo, a pesar de lo sugestivo de esta afirmación y de los llamados de atención que hizo Bruhns sobre las distintas carencias y orientaciones que puede tener el estudio de esta relación, y pese a la nueva información, la misma no ha suscitado aún, preguntas, desarrollos, comentarios o formulaciones que permitan corroborar, discutir o completar tal postulado, convirtiéndose así en una referencia bibliográfica obligada; en realidad un paréntesis, sin ningún tipo de utilidad o consecuencia dentro de los textos.

Sin duda estos dos productos y particularmente el oro, abundante en vetas y aluviones, deben verse como determinantes en la importancia y papel que los correspondientes grupos ocuparon en el contexto prehispánico. Esto puede evaluarse localmente en las frecuentes luchas por el control de los territorios mineros, alrededor de los cuales parece haberse dado la mayor densidad de población; en el contexto americano, su importancia se infiere de las intensas relaciones comerciales con comunidades muy alejadas, producto de las cuales eran las extensas redes de caminos que atravesaban el territorio antioqueño. [...] Los distintos grupos en Antioquia estaban ligados culturalmente a macroetnias; tales grupos, unidades menores, articulaban una población y un territorio de variable amplitud, bajo una misma estructura sociopolítica, aunque las formas variaban de un grupo a otro. [...] a pesar de poseer un desarrollo tecnológico y económico similar, sufrían profundos procesos de transformación de sus estructuras sociales, que se evidencian en la coexistencia de grupos que presentan aún los rasgos de una organización tribal, eminentemente igualitaria, junto con cacicazgos, con diferentes niveles de extensión y cohesión, dentro de la que se presentaba o se tendía a una jerarquización y estratificación social con jefaturas hereditarias (26).⁹

En el apartado dedicado específicamente a la arqueología, Castillo insiste en presentar las tradiciones cerámicas “Modelada-Incisa”, “Incisa con borde doblado” y “Roja Incisa”, a las que añade la “tradición de montículos funerarios” y el “horizonte cerámico del Magdalena Medio”, a lo que articula distintos hallazgos y reflexiones en torno a la amplia dispersión de las tradiciones cerámicas; igualmente, le preocupa la imposibilidad de establecer el origen de los distintos grupos y las relaciones que pudieron haberse establecido entre ellos. Para el siglo xvi, sigue el detalle de las crónicas de Conquista, y presenta de manera extensa la ubicación y características políticas y sociales de los distintos grupos, sin hacer referencia explícita a su pertenencia a una u otra macroetnia. Advertimos que por tratarse de un texto que omite precisiones bibliográficas y técnicas, no es posible establecer el alcance y compromiso de la autora con los enunciados teóricos que postula, que son muchos y de muy diverso orden; sin embargo consideramos que retoma en gran medida —aunque sin mencionarlo— las preocupaciones ambientales y propuestas interpretativas de Reichel-Dolmatoff (1965 y 1986), las cuales, por lo demás, no aparecerán con nitidez en ningún otro de los posteriores informes y publicaciones realizados en la región; tampoco volverán a aparecer la reflexión en torno a los orígenes ni las relaciones lingüísticas, ni la sugestiva idea de las macroetnias.

En 1992, en el marco de la exposición *Antioquia: pasado aborigen* organizada por el Área Cultural del Banco de la República y el Museo Universitario de la Universidad de Antioquia, en coautoría con Hernán Gil Pantoja, Castillo retoma y afianza las ideas anteriormente presentadas y propone la existencia de cuatro “regiones culturales”, definidas por la presencia de estilos cerámicos diferenciados:

9 Véase, en dicho texto, el mapa de los “Grupos étnicos de Antioquia, en el siglo xvi, área de influencia y relaciones probables de grupos y macroetnias” (Castillo, 1988b: 25).

Aunque las investigaciones arqueológicas realizadas hasta el presente son escasas, con base en ellas se puede establecer la presencia de tres tradiciones culturales y las respectivas regiones que ocuparon: Urabá, definida por la cerámica denominada “Modelado Inciso”; Noroccidente, con su cerámica “Inciso con Borde Doblado”; y Central, cuya característica es la cerámica “Marrón Inciso” [...] Un poco menos estudiada se encuentra la zona de la vertiente del río Magdalena, donde se ha identificado una cerámica denominada “Tradición cerámica del Magdalena Medio” (1.000 a 1.500 años d. C.), la cual se ha asociado a grupos de origen caribe (Castillo y Gil, 1992: 10-11).

La sustentación de esta asociación es clara:

Una larga lista de hallazgos aislados de objetos de oro y cerámica, efectuados en distintas zonas del Occidente de Colombia, permiten plantear una nueva perspectiva para el esclarecimiento del desarrollo de los grupos que son conocidos por la famosa orfebrería denominada “Quimbaya Clásico”, los cuales, sabemos hoy, están estrechamente relacionados con los grupos que poblaron gran parte del territorio antioqueño. [...] Hasta hace dos décadas prácticamente nada se sabía de las sociedades que produjeron el oro incorrectamente denominado “Quimbaya”. En 1978, la antropóloga norteamericana Karen Bruhns, realizó una minuciosa comparación entre el estilo de las representaciones hechas en oro y las de una serie de piezas de cerámica conocidas con el nombre de “Marrón Inciso”, de cuyos autores no se tenía ningún conocimiento. Concluyó la investigadora que tanto la cerámica “Marrón Inciso”, como el oro Quimbaya clásico, habían sido elaborados por la misma gente (28-29).¹⁰

Es importante anotar que es así, y en este texto, donde queda plasmado el esquema interpretativo y metodológico dominante en la arqueología regional, y si bien el concepto de región o área cultural dejó de utilizarse —al menos con recurrencia—, nunca se cuestionaron, ampliaron o restringieron los contenidos de estas “regiones culturales”; no se plantearon preguntas, ni se revisaron las implicaciones teóricas y fácticas que ellas pudieran contener, y tal como fueron formuladas permanecen implícitas en la base conceptual de las nuevas investigaciones, lo cual, entre otras cosas, ha influido en el hecho de que parezca innecesaria la definición y análisis de las categorías con que se aborda y describen los espacios físicos y sociales, haciendo que, hasta hoy, un trabajo como el de Dunnell (1992) sobre el uso y abuso que los arqueólogos dan al concepto de *sitio* —el cual prácticamente remplaza todas las categorías espaciales abordadas, desde el paisaje hasta el pozo de sondeo— ni siquiera aparezca en las bibliografías. El cambio se dio en el contenido que comenzó a darse a lo que se consideró los *estilos*. Lo Marrón Inciso dejó de referirse a un tipo cerámico particular (definido por Karen

10 Es interesante anotar que en este texto la autora no menciona los resultados de su propia investigación sobre la ladera occidental del Valle de Aburrá, en la cual por primera vez registra la existencia de un conjunto cerámico anterior al Marrón Inciso, que se denominó Ferrería; ni mencionará, en 1995, los resultados de la investigación realizada en la cuenca media del río Porce, entre los que se reportan fechas relacionadas con grupos precerámicos (6.480 ± 70 a. C.) y la existencia de un “complejo cerámico” muy temprano denominado Cancana (2.200 ± 60 a. C.) (Castillo y Martínez, 1992).

Bruhns, siguiendo a Bennett, desde la década del 40) para convertirse en una “cultura”, en un “periodo”, en un “grupo” y en un estilo, en el cual se introdujeron muchos otros tipos cerámicos,¹¹ ya no solo por asociación formal sino temporal, tal y como será completamente explícito en las siguientes publicaciones.

El cambio, un asunto de portadores

En los años noventa los investigadores Neyla Castillo y Gustavo Santos realizaron prospecciones sistemáticas en gran parte de la ladera occidental del Valle de Aburrá y excavaciones en el cerro El Volador; la presentación oficial de los nuevos hallazgos se realizó en el año de 1995, en el *Boletín de Antropología* de la Universidad de Antioquia (Vol. 9, N.º 25).¹² Allí, cada uno de los autores presenta su frente de trabajo: Gustavo Santos describe con detalle las estructuras funerarias localizadas en las cimas del cerro, al tiempo que propone lo que él denomina la simbología de las “viviendas de los muertos” (1995a: 11). Por su parte Castillo, en su “Reconocimiento arqueológico del Valle de Aburrá”, además de sintetizar los resultados de la investigación, por primera vez propone una periodización formal para el poblamiento del Valle de Aburrá, y lo hace realizando, nuevamente, asociaciones directas y unívocas con la cerámica. El lapso cronológico en el que se asociaron los vestigios cerámicos en ese momento fue de aproximadamente dos mil quinientos años, sucedidos, según los investigadores, a lo largo de dos “fases”: Ferrería y Pueblo Viejo.

Castillo define y enfatiza en las dos fases, que considera tempranas: “En el contexto particular de la cerámica del Valle de Aburrá, los estilos identificados se consideran en principio representativos de dos fases culturales¹³ que remiten a grupos culturalmente diferenciados. Esta distinción se apoya también en la distribución espacial de los complejos cerámicos, las relaciones estratigráficas y las fechas asociadas a cada uno” (Castillo, 1995: 59). La cerámica de la fase Ferrería, asociada a los grupos más antiguos, se caracteriza así: “[...] el uso de la incisión como técnica decorativa y el empleo de puntos profundos y líneas cortas para decorar el borde de algunas vasijas; es propio también el escamado sobre el cuerpo de algunos recipientes; las vasijas globulares de bordes muy evertidos engrosados en su parte media y adelgazados hacia

11 Véase el catálogo de la exposición itinerante *El Marrón Inciso en Antioquia* (1993), realizada por el Museo Universitario de la Universidad de Antioquia.

12 A pesar de tratarse de una investigación sin precedentes en el Valle de Aburrá y quizás en Antioquia —en razón de su escala y financiación—, el acceso al informe técnico es todavía restringido: la única copia completa que es posible consultar se encuentra en el centro de documentación del Instituto Colombiano de Antropología e Historia -ICANH- en Bogotá.

13 En el original de Castillo se lee, en este punto, la nota de pie de página 1: “Con este término nos referimos a ‘una unidad de espacio tiempo cultura que posee rasgos suficientemente característicos para distinguirse de todas las otras unidades concebidas similarmente, ya sea de la misma o de otra tradición cultural’ (Echavarría, 1981)”.

el labio; los engobes crema y baños en el mismo color de la pasta y las superficies muy bien alisadas a veces con brillo" (Castillo, 1995: 60). Se propone, además, la existencia de siete formas "propias" de esta fase: vasijas grandes y pequeñas de cuerpo globular y cuello corto con borde muy evertido, algunas con borde decorado con puntos incisos profundos y otras carentes de decoración; vasijas pequeñas cuya principal característica es la de tener dos asas que van del borde hasta la unión del cuello con el cuerpo y bordes decorados con puntos incisos o con líneas cortas profundas; cuencos de cuerpo aquillado con bordes evertidos redondeados y labios adelgazados y cuerpo con incisiones profundas en forma de escama; ollas grandes y pequeñas no decoradas y platos. La amplitud y ambigüedad de estas descripciones se soluciona, en parte, gracias a las imágenes que ilustran el texto (59-76). Las siete fotografías de fragmentos correspondientes a cada una de estas formas son, hasta la fecha, el referente y la guía más clara con que se cuenta para la identificación de esta cerámica, por lo cual, lógicamente, se han multiplicado exponencialmente las referencias a "formas idénticas", e independientemente de que se trate del hallazgo de un solo fragmento de cualquiera de las formas sugeridas, se realiza una directa asociación con esta fase y con los contenidos propuestos en el texto.

A su vez, la denominada fase Pueblo Viejo está definida por la presencia de la cerámica Marrón Inciso. La identificación de la incisión como "técnica decorativa dominante" y el análisis de las diferencias en el tratamiento de los bordes le permiten a la autora identificar una forma básica general que consiste en un cuerpo globular o aquillado, un cuello corto y boca ancha, de borde ligeramente evertido, reforzado externamente; esta "forma general" presenta variaciones en cuanto al tamaño de las vasijas —de muy grandes a pequeñas— y la disposición del cuello —recto, ligeramente invertido o evertido—. Castillo, además, propone la existencia de otras cuatro formas básicas:

Forma 1. Grandes ollas de cuerpo globular o aquillado, cuello corto, boca amplia. Se distinguen variantes en el tratamiento de los bordes [...]; en general no presentan decoración incisa; en algunas de éstas se utiliza el corrugado en el cuello.

Forma 2. Cuencos aquillados de borde recto, labio redondeado [...] como decoración se utilizó pintura crema sobre rojo, especialmente en la superficie interior. Una variante está constituida por cuencos de cuerpo hemiesférico [sic], borde evertido, carecen de decoración.

Forma 3. Cuencos con bordes reforzados biselados y decorados; [...] pueden ser globulares o aquillados mediante líneas dentadas estampadas, y de diversos tamaños.

Forma 4. Corresponde a platos grandes y platos cóncavos con mango; en estos últimos el mango puede ser de dos (2) a cuatro (4) cm de largo, generalmente puede tener en el extremo distal una figura biomorfa modelada, o dos (2) a tres (3) lóbulos modelados, sobre los cuales algunas veces se realizaron diseños incisos. La superficie interna tiene motivos pintados crema sobre rojo y la superficie externa engobe marrón oscuro (77).¹⁴

14 Es importante señalar que, si bien se reporta una muestra de más de veintiséis mil fragmentos cerámicos, el material de esta investigación —que engrosó las colecciones de referencia del Museo Universitario— es muy poco y no permite verificar las formas y decoraciones así identificadas.

A diferencia del tratamiento fotográfico que se da a lo Ferrería, para ilustrar la cerámica Marrón Inciso se presentan dos fotografías, una de ellas dedicada a fragmentos corrugados que no permiten inferir ningún tipo de forma (algunos aspectos de la precariedad de este tipo de tratamiento fueron señalados por Botero y Vélez (1995)); sin embargo, resulta evidente que el interés de los investigadores no estuvo centrado en el análisis cerámico sino en la formulación de períodos históricos, lo cual resulta lógico si se tiene en cuenta que es gracias a esta investigación que se cuenta con un corpus importante de dataciones absolutas. Veamos los datos; para la fase Ferrería:

Beta 46827, VA 098, sondeo 7, nivel 30 50: 2390 ± 110 B. P. (440 ± 110 a. C.)
 Beta 46818, VA 046, sondeo 01, nivel 130 140: 2110 ± 60 B. P. (160 ± 60 a. C.)
 Beta 46817, VA 046, sondeo 01, nivel 170 190: 1950 ± 60 B. P. (Comienzo de la era cristiana).
 Beta 46826, VA 097, sondeo 01, nivel 50 60: 1680 ± 50 B. P. (270 ± 50 d. C.)
 Beta 46815, VA 046, nivel 40 50: 330 ± 60 B. P. (1620 ± 60 d. C.)¹⁵

De acuerdo con estas fechas, la presencia de los grupos pertenecientes a esta fase puede rastrearse en el Valle de manera absoluta durante ocho (8) siglos que van desde el siglo v antes de Cristo hasta el siglo III de nuestra era. La fecha de 1620 d. C. correspondiente al sitio VA 046 sugiere la continuidad de los grupos respectivos hasta el siglo XVII[,] es decir, hasta después del contacto europeo. En este mismo sentido apuntan las fechas obtenidas en las tumbas de pozo con cámara lateral excavadas en el cerro El Volador, las cuales corresponden en su totalidad a los siglos XVI y XVII de nuestra era; en estos sitios aunque se carece de una muestra suficientemente representativa de fragmentos diagnósticos de cerámica, los pocos que se encontraron presentan afinidades estilísticas con la cerámica Ferrería de los demás sitios del Valle (59-60).

Para la fase Pueblo Viejo se presentan las siguientes fechas:

VA 022 Quintas del Danubio, sondeo 4, nivel 40 50 cm, Beta 46822 1940 ± 60 B. P. es decir, 10 ± 60 d. C.

15 Los datos de localización que aparecen en el texto publicado son: VA 098 Itagüí La Ferrería, VA 046 Belén Altavista La Perla, y VA 097 Itagüí El Ranchito. En el informe de Castillo y Santos (1992), en cuadro anexo denominado “Cuadro general de yacimientos del Valle de Aburrá y distribución de complejos cerámicos”, se presenta un listado de 150 sitios en el que, incluso, se menciona el nombre de la subcuenca, información topográfica (referida a 5 categorías), extensión, altura sobre el nivel del mar, forma de recolección del material (recolección superficial o sondeo) y el número total de fragmentos por yacimiento. Se presenta, además, la distribución de fragmentos cerámicos por complejos (Ferrería-Pueblo Viejo) en recolección superficial y cada uno de los sondados. Es interesante señalar que el número de fragmentos diagnósticos es muy inferior al número total, es decir que para la definición de los estilos cerámicos se contó con una muestra muy poco representativa, razón por la cual muy posiblemente se excluyó la posibilidad de analizar la cerámica bajo algún tipo de modelo o metodología, a pesar de que un autor como Dunnell (1977 y 1986), por ejemplo, gozaba de gran popularidad en el momento.

VA 126 Pueblo Viejo sondeo 01 nivel 20 cm. Beta 46828: 1860 ± 70 B. P. es decir 110 ± 70 d. C.

VA 041 La Guayabala sondeo 22 nivel 30-50 cm Beta 46824: 1890 ± 90 B. P. es decir, 60 ± 90 d. C.

VA 073 Belén Manzanillo, La Tuna: 1650 ± 60 B. P., es decir, 300 ± 60 d. C. (78).

Entre las anotaciones que Castillo hace a este conjunto de fechas, señala que solo siete “sitios”¹⁶ contienen únicamente cerámica Marrón Inciso, anotando además que “27 sitios produjeron material diagnóstico de ambas fases en diferentes proporciones, siendo minoritaria la marrón incisa” (82);¹⁷ para Pueblo Viejo, si bien las fechas corresponden al “periodo entre el siglo I a. C., hasta el cuarto d. C.” (83), la autora no excluye su continuidad hasta la época de la Conquista.¹⁸ Reafirmándose en el planteamiento básico de que se trata de dos grupos diferentes propone, como explicación a la superposición estratigráfica y cronológica, la idea de que los grupos de la fase Pueblo Viejo probablemente poblaron el Valle en un momento en que ya estaban plenamente establecidas las sociedades de la fase Ferrería:

La ocupación de un territorio ya ocupado pudo efectuarse por la vía de la conquista, a través de la cual, paulatinamente se fueron incorporando nuevos espacios, incluidos algunos ya ocupados por los grupos más antiguos; este podría ser el caso de sitios como Quintas del Danubio (VA 022) y La Guayabala (VA 041) en las que al parecer hubo una ocupación inicial por parte de grupos de la fase Ferrería, ya que en los niveles más profundos de los sondeos se encuentra material de esta fase [...] Una segunda posibilidad que bien podría complementar la anterior, estaría dada por la coexistencia durante un largo periodo de tiempo de las dos (2) culturas, lo que conllevó el establecimiento de relaciones sociales que implicaron el intercambio de bienes, entre los que se contaría la cerámica. La coexistencia, sin embargo, no propició ni implicó modificaciones significativas en la manera de elaborar la cerámica, ya que ambas se mantienen ajustadas a un estilo absolutamente propio; por otra parte, la existencia de asentamientos espacialmente diferenciados para una y otra cultura apuntaría también a reforzar la idea de que se trata de dos sociedades cada una con una identidad propia (82-83).

La convicción que Castillo tiene de esto es tal que los resultados de la investigación de Santos (1986) le permiten plantear incluso la existencia de “dos grupos con orientaciones económicas diferentes: uno centrado en la explotación de recursos mineros y el otro en la agricultura” (Castillo, 1995: 83). Si bien cada uno de estos

16 Para Ferrería se reportan 44 “yacimientos”.

17 Lo cual puede entenderse en razón del rango temporal asignado, pero también por las características de la cerámica, que pudo haber incluido cerámica erosionada de uno u otro de los estilos.

18 Un conjunto de 24 fechas, reportado por Botero, Monsalve y Múnera (1998: 165-167) y obtenido en diferentes estudios de impacto ambiental realizados por Integral S. A., ofrece datos que amplían hacia el pasado y hacia el presente la cronología asociada a la cerámica en Antioquia: 2.920 ± 50 a. p. para el Marrón Inciso (Girardota, vereda San Andrés, yacimiento El Indio; 1.700 ± 70 a. p., para el Inciso con Borde Doblado (Puerto Valdivia), en tanto que las fechas asociadas a lo Ferrería tienen prácticamente el mismo rango cronológico que lo Marrón. Los investigadores igualmente reportan una cerámica sin identificar, no descrita, con una fecha de 3.480 ± 70 a. p. (Campamento, vereda Las Nieves; Botero et al., 1998: 164).

planteamientos nos llevaría a diversos cuestionamientos, interesa señalar que: a) no existe una aproximación a la cerámica, o por lo menos no en los textos consultados, que permita corroborar las diferencias y características a las que se alude; b) la carga de significación que se da a estas diferencias excluye, de entrada, preguntas sobre la producción, la circulación, la distribución, el uso y la función de los objetos elaborados con arcilla;¹⁹ c) la noción de “cultura” se usa como sinónimo de “grupos”, sin que haya ninguna definición o argumentación que permita esclarecer, o imaginarse, a qué tipo de entidad social se alude; d) no se ofrece información que permita identificar con alguna precisión la localización de los sitios señalados; y e) no existe posibilidad de conocer el tipo de contextos intervenidos.

A partir de este momento no se volverá a establecer las periodizaciones en términos de *fases*: la investigadora se referirá poco después, a la “Cultura Ferrería” y a la “Cultura Pueblo Viejo” (Castillo, 1996), y se popularizará desde entonces la organización e interpretación de la información en términos de *periodos*, reconocidos por estas *culturas*, a su vez definidas por sus *estilos* cerámicos, dado que uno es consecuencia de lo otro y viceversa; y porque ninguna de estas categorías fue ni ha sido definida, analizada ni discutida, encontramos a lo largo y ancho de los textos una utilización retórica e indiscriminada de ellos, banalizando e invalidando, a nuestro juicio, los resultados mismos de la investigación.

La historia de los períodos

En 1996, Gustavo Santos y Helda Otero presentaron los resultados de una investigación concentrada en el cerro El Volador —localizado en pleno centro de la ciudad de Medellín— y realizada en tres fases diferentes de investigación entre 1990 y 1995.²⁰ Los investigadores, además de presentar en su informe el detalle de los hallazgos, precisan y amplían la periodización propuesta por Castillo al integrar información sobre patrones de enterramiento asociados a los “periodos” Ferrería y Marrón Inciso²¹ y al identificar una cerámica y un patrón de enterramiento que consideran diferente, estableciendo así un periodo que se denominó Tardío. Si bien la gran cantidad de información que proporciona la descripción de cada una de las terrazas y enterra-

19 Más allá de la mera mención, encontramos interés analítico sobre los aspectos subyacentes a la *producción* cerámica, en los trabajos de Gómez y Espinal (2001) y en Gómez y Obregón (2003). Los demás aspectos no los encontramos ni señalados ni comentados en ninguno de los textos consultados.

20 En el informe —Santos y Otero (1996)— se reporta, además, información sobre hallazgos y rescates puntuales en distintos sitios de Antioquia, sobre los cuales no se conoce ningún otro tipo de documentación.

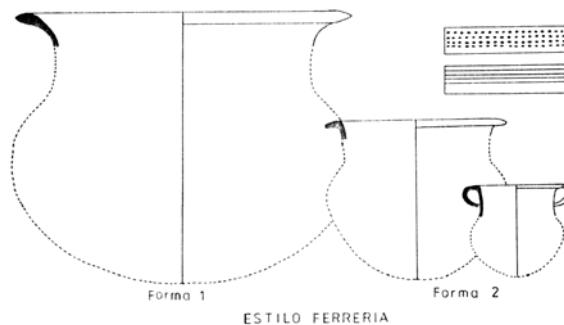
21 Destacamos que ni en este momento ni después se presentará alguna definición o comentario sobre la categoría de “periodo” (Santos, 1998 y 2006).

mientos amerita un espacio para su análisis, en el momento retomamos el énfasis dado por los investigadores a sus períodos al concluir que

La distribución de los grupos portadores del estilo Marrón Inciso, por la cuenca montañosa del río Cauca y por la Cordillera Central en Antioquia, evidencia un proceso expansivo que debió conllevar el desplazamiento o la asimilación de otros grupos culturalmente diferentes. Es posible que en este proceso expansivo hubiera asimilado en el Valle de Aburrá a los grupos representados por el estilo Ferrería, que se encontraban siglos antes en el Valle y que procedían de las vertientes y del Valle del Magdalena [...]. Sin embargo también es posible que estos grupos se hayan integrado, y que sus vestigios se hallen mezclados por remociones de los pisos de las viviendas, como ocurre en sitios reocupados en el período Tardío (Santos y Otero, 1996: 8).

Para el estilo Ferrería en El Volador, los investigadores diferencian solo dos formas básicas: la forma 1, consistente en vasijas subglobulares con bordes incurvados externamente, con engrosamiento y labios adelgazados sin decoración (véase figura 1); y la forma 2, representada por vasijas globulares de cuello recto con bordes evertidos horizontalmente y asas, a veces con decoración de puntos y líneas cortas (véanse figuras 2 y 3).

Figura 1. Formas del estilo Ferrería reportadas en el cerro El Volador. Tomada de Santos y Otero, 1996



En este informe, el estilo Marrón Inciso no se describe por separado: se asocia a 9 de las 12 tumbas²² excavadas, se describen las 20 piezas completas recuperadas²³ y se presenta una síntesis gráfica de sus formas y decoraciones a las que se asocia un patrón de enterramiento específico:

22 En realidad es muy difícil establecer el número de tumbas y enterramientos localizados en El Volador, ya que la información se refiere no al cerro como entidad geográfica sino a los distintos momentos de la investigación.

23 La mayor parte de ellas se encuentra en el Museo Universitario.

El patrón o sistema de enterramiento de los grupos representados por el estilo cerámico Marrón Inciso [...] es de entierros de restos óseos calcinados en urnas de cerámica a veces con tapas. Las urnas se depositan en fosas sencillas y poco profundas en terrazas o sitios de vivienda. Los restos calcinados indican que era común la práctica de cremar los cadáveres, aunque en algunos casos, se encuentran en las urnas entierros secundarios o restos óseos no calcinados de entierros primarios. Los entierros son generalmente de varios individuos, y ocasionalmente pueden tener otras vasijas y piezas de orfebrería depositadas como ajuar. En Antioquia es común encontrar vasijas de uso doméstico utilizadas como urnas, aunque también se han hallado las urnas características del estilo. Es posible que las diferencias en el tipo de urnas y en el ajuar se deban a diferencias de orden social y político.

Entierros de estas características han sido hallados en varias partes del Valle de Aburrá (Arcila, 1977), en Fredonia y en Guarne, y se han excavado en La Ceja y en Jericó (Otero, 1992). En Jericó se aprecia una variante del sistema, consistente en entierros debajo de grandes rocas, que se encuentran en la superficie cerca de los sitios de vivienda.²⁴ Los entierros hallados en Montezuma al norte del Valle del Cauca y en el curso medio del río La Miel (vertiente del Magdalena) con urnas propias de este estilo pero con entierros primarios y directos (Castaño, 1988), así como los hallazgos en los alrededores de Manizales (Bruhns, 1990), corresponden a tumbas de pozo con cámara lateral, que sugieren la existencia de variantes regionales en los sistemas de enterramiento (12-13).

La descripción de la cerámica que correspondería al estilo o periodo Tardío se realiza tácitamente, por comparación con la Marrón Inciso, y su principal característica sería la asimetría en sus formas y el acabado burdo de las superficies; para los autores, lo Tardío “constituye un horizonte con variantes regionales que se extiende en Antioquia por la cuenca del Cauca”, y sus vasijas son

[...] generalmente de silueta sencilla con formas globulares y subglobulares, mocasines, cuencos y platos; los bordes son sencillos e incurvados externamente, y las bases redondeadas o cónicas. La decoración es de líneas incisas que forman generalmente ángulos, y de triángulos impresos y ocasionalmente engobe rojo; junto a esta cerámica burda aparecen, en algunos casos, pequeños cuencos aquillados y vasijas antropomorfas que corresponden a una cerámica muy bien elaborada, delgada, compacta y de acabado fino (49-50).²⁵

Para el estilo Tardío, los investigadores diferencian cuatro formas básicas:

Forma 1: vasijas globulares y subglobulares de bordes sencillos rectos o incurvados externamente, en las que se distinguen la forma 1A, con el labio redondeado, y la forma 1B con el labio plano, en algunos casos con líneas oblicuas incisas en su parte externa.

24 Si bien los investigadores se refieren al artículo “Dos períodos de la historia prehispánica de Jericó, Departamento de Antioquia”, efectivamente fechado como de 1992, este dato podría corresponder al número cronológico consecutivo de una publicación de aparición desfasada o a un error de digitación, ya que las labores de excavación en esta investigación fueron realizadas en el año de 1993, según se ve en las claquetas de identificación que aparecen en algunas fotografías; además, el estudio no es refiereido ni por Castillo ni por Santos en 1995.

25 Desafortunadamente, este material no se incluyó en colecciones de referencia, por lo cual no es posible reconocer la cerámica así descrita.

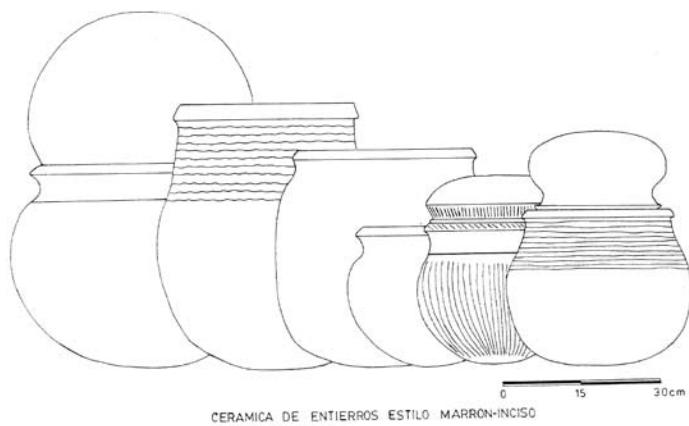


Gráfico No. 6

Figura 2. Cerámica excavada en el cerro El Volador por Santos y Otero (1996) y reportada como "Cerámica de entierros Marrón Inciso".

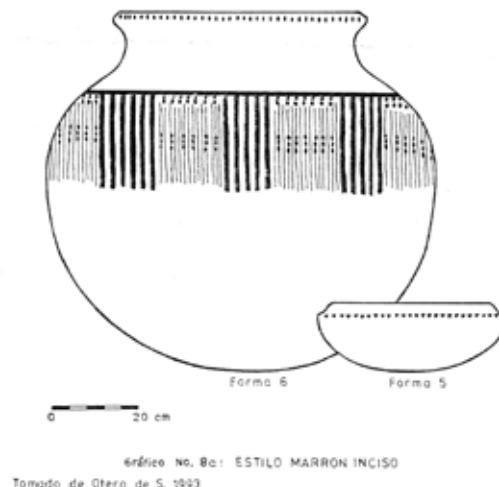


Figura 3. Vasijas encontradas en el cerro El Volador por Santos y Otero (1996) y adscritas al "Estilo Marrón Inciso". Las vasijas grandes se describen como "forma 6" correspondiente a vasijas subglobulares, con el borde engrosado, puntos o muescas y triángulos incisos sobre el borde y líneas incisas alternadas con líneas dentadas estampadas en la parte superior del cuerpo. Esta vasija se encontró con un cuenco con decoración de muescas sobre la quilla, que servía de tapa. Por encontrarse en la capa con material cultural, completas aunque fragmentadas, se asocian a vasijas cuya función sería el almacenamiento de alimentos (Santos y Otero, 1996: 47).

Forma 2: cuencos aquillados, a veces con decoración de líneas paralelas o sencillas que forman ángulos.

Forma 3: cuencos de bordes sencillos rectos e incurvados hacia adentro.

Forma 4: vasijas con un aquillamiento cerca del borde y una decoración similar a la de los cuencos aquillados (forma 2) (50; véase figura 4).

Es necesario destacar que cuando la asociación estilística no es clara, por su ausencia en contextos definidos como tempranos, “se asocian tentativamente al período Tardío” platos de borde sencillo, fragmentos con decoración de líneas incisas, anchas y profundas, dispuestas en forma paralela y en ocasiones formando ángulos, asas verticales redondeadas y sencillas y una vasija en forma de mocasín, entre otros objetos (51).²⁶

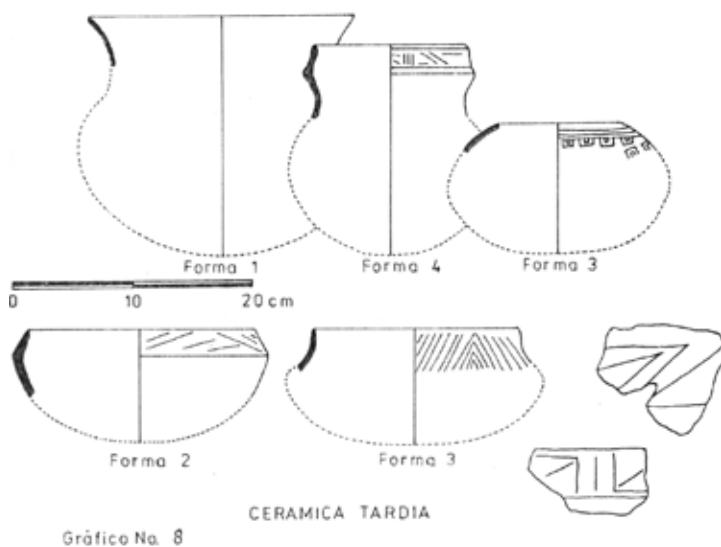


Figura 4. “Cerámica tardía”. Tomada de Santos y Otero (1996).

Durante el Tardío, el patrón de enterramiento consistiría en:

[...] entierros directos, generalmente colectivos, en tumbas de pozo con cámara lateral y en cementerios o sitios distintos a las viviendas; los cementerios se encuentran cerca de las viviendas, en cuchillas o filos de montaña y en cimas de colina; las tumbas son de pozos rectangulares y cámaras de formas cónicas; los cadáveres en posición extendida, o los restos de su cremación se depositaban en las cámaras o en el piso de ellas y oca-

26 Sobre estas piezas no se ofrece ninguna otra información, ni se encuentran en las colecciones de referencia del Museo Universitario.

sionalmente eran acompañados de una o varias vasijas de cerámica, volantes de huso de forma troncocónica y narigueras de oro (18).

Es necesario señalar que si bien estas conclusiones se presentan en un discurso que hace pensar en la linealidad y secuencia de estos períodos, los autores hacen constantes señalamientos sobre lo “mezclado” que aparecen estos estilos en las secuencias estratigráficas registradas, lo cual la mayoría de las veces se explica en razón de la remoción de suelos sucedida durante las distintas ocupaciones, aunque en ocasiones se interpreta como producto de ocupaciones simultáneas (recordemos que para Castillo lo Ferrería va hasta el siglo XVII), sin que sea posible establecer en qué casos funciona una u otra interpretación. Lo que sí es evidente es lo poco lineal que resultaría el proceso, si analizamos las gráficas de las “frecuencias relativas de los estilos por terrazas”²⁷ en el cerro El Volador; la situación que se presenta es, grosso modo, la siguiente:

La terraza 3 presenta en el nivel 5 únicamente Ferrería, y en los niveles 4, 3, 2 y 1 la coexistencia de Ferrería y Marrón Inciso, con mayor porcentaje de Ferrería. La terraza 6 presenta en los niveles 6 y 5 solo Ferrería, en el nivel 4 solo Marrón, en el nivel 2 Marrón en el 80% y 20% Ferrería, y en el nivel 1 solo Marrón. La terraza 7 presenta aproximadamente el 65% de Marrón en el nivel 5 y en el resto Ferrería, en el nivel 4 el Marrón representa el 60% y 40% Tardío, en el nivel 3 se presenta aproximadamente el 55% de Marrón, el 5 de Ferrería y el resto de Tardío, en el nivel 2 aumentan ligeramente el Ferrería y el Marrón pero disminuye el Tardío, y en el nivel 1 aparece 45% de Marrón, 30% de Ferrería y 25% de Tardío. En la terraza 10 se presenta la mezcla de los tres estilos en sus seis niveles, y mientras que entre el nivel 2 y el 6 predomina el Ferrería, en el nivel 1 se presenta 50% de Tardío e iguales porcentajes de Marrón y Ferrería. En la terraza 11 se presenta Ferrería en los niveles 5 y 6; en el nivel 4 60% de Ferrería y 40 de Tardío; en el nivel 3 se presentan los tres estilos con un mayor porcentaje de Ferrería, en el nivel 2 aparece 60% de Tardío, 25% de Ferrería y el 15% de Marrón, y en el nivel 1 se presentan Ferrería y Marrón en porcentajes iguales. Aunque se señalan en menor proporción, “mezclas” similares, aparecen en los enterramientos y son visibles en las fotografías que acompañan el texto.²⁸

La idea de un período Tardío se afianza y difunde con la publicación del artículo “Los grupos portadores del estilo cerámico Tardío en el centro del departamento de Antioquia” de Mario Bermúdez (1997). Este investigador retoma la periodización

27 Remitimos al lector a los gráficos 10 y 11 en Santos y Otero (1996), no paginados en el texto, y referidos solo a las terrazas 3, 6, 7, 10 y 11.

28 La pretendida superposición de estilos ha sido registrada por la inmensa mayoría de las investigaciones realizadas en la región; sin embargo, no se debe olvidar que este tipo de análisis cobra sentido en la medida en que se asume que la cerámica representa “grupos” cultural, social y políticamente diferenciados, y en la medida en que se asume que las características de las vasijas ya son suficientemente conocidas.

ya propuesta, amplía la cronología hasta el siglo XVIII y la descripción de la cerámica asociada a este periodo, divulgando, además, resultados de investigación sobre los que no se tiene ningún otro reporte; la cronología que se asocia al estilo Tardío es:

1) Sopetrán (Castillo, 1988)	Beta 9908	1010 ± 50 BP	$(940 \pm 50$ d. C.)
2) El Volador Terraza 10 (Santos, 1992)	Beta 75512	959 ± 70 BP	$(1000 \pm 70$ d.C.)
3) Sopetrán (Castillo, 1988)	Beta 9907	800 ± 50 BP	$(1150 \pm 50$ d C.)
4) El Volador tumba 4 (Santos, 1992)	Beta 46818	530 ± 80 BP	$(1420 \pm 50$ d.C.)
5) El Volador tumba 13 (Santos, 1992)	Beta 75551	480 ± 60 BP	$(1470 \pm 60$ d C.)
6) El Volador tumba 8 (Santos, 1992)	Beta 46820	420 ± 50 BP	$(1530 \pm 50$ d.C.)
7) El Volador tumba 7 (Santos, 1992)	Beta 46189	330 ± 60 BP	$(1620 \pm 60$ d C.)
8) Santo Domingo Corte I (Santos y Otros 1996b)	Beta 97019	200 ± 60 BP	$(1750 \pm 60$ d C.)
9) Barbosa Corte I. (Santos y Otros 1996b) (Bermúdez, 1997: 192).	Beta 97021	200 ± 60 BP	$(1750 \pm 60$ d.C.)

Al igual que para Santos y Otero, para Bermúdez la cerámica del Tardío

[...] se caracteriza porque su acabado es en general muy burdo, sin alisado o bruñido exterior, muestra pintura negra u hollín en el exterior, en algunos casos presenta pintura roja clara en ambas superficies de las vasijas, en especial de las vasijas funerarias o de servicio; la decoración es escasa, en forma de triángulos pequeños impresos en las partes superiores del cuerpo, el aquillado, el cuerpo y el borde o incisiones superficiales medianamente finas formando figuras geométricas; sus formas más comunes son subglobulares asimétricas con asas pequeñas de bordes sencillos incurvados hacia afuera [...]; vasijas globulares y subglobulares de bordes sencillos directos [...] y vasijas aquilladas pequeñas de bordes evertidos directos, en algunos casos con asas [...]; también se presentan tazas pequeñas muy burdas y asimétricas, escasamente decoradas pero bruñidas al interior [...]; el desgrasante es arena de grano medio a grueso, la cocción es en general oxidante incompleta por lo cual se erosionan con facilidad. Junto con esta cerámica burda se presentan también copas y cuencos bien acabados, con engobes rojos, desgrasantes finos y decoración acanalada, asociados principalmente a contextos funerarios [...]; además de las vasijas se encuentran en los contextos funerarios gran cantidad de volantes de huso profusamente decorados algunos con motivos muy similares en espirales, esta decoración es similar a la de los cuencos (191-192).

Aunque resulta muy difícil establecer los contextos, la manera como se allegó y adónde puede conducir este tipo de información, el investigador se permite identificar un “patrón” de enterramiento, el cual a su vez, sin mediación argumental

alguna, resulta ser un indicador de condiciones sociopolíticas que se consideran específicas:²⁹

El hecho de que los enterramientos se hicieran en áreas diferentes especiales para esto (cementerios) y que los entierros sean por lo general colectivos en cámaras funerarias decoradas, como son los casos de Sopetrán, Bello, El Volador y Fredonia, es un indicador de la complejización de los conceptos de la vida y la muerte dentro de estos grupos. Además los rasgos de las características de la cerámica podrían indicar una producción en masa o una elaboración cotidiana de los elementos por parte de toda la comunidad, sin la intervención de especialistas dedicados solo a estas labores y un uso indiscriminado entre lo doméstico y lo funerario, ya que las vasijas de todas las formas y fragmentos de ellas se encuentran en ambos contextos (198-199).³⁰

En este momento ya debe resultar claro que, si bien no se presenta una definición expresa, la categoría de periodo así utilizada hace referencia a un lapso de tiempo concreto e histórico, realmente sucedido, validado con la obtención de dataciones absolutas, sin considerar las constantes críticas y llamados de atención que ya se habían hecho a esta manera de ordenar e interpretar el registro arqueológico:

[...] como lo ha señalado el arqueólogo Earl Swanson (1959) toda periodización no es más que una representación estática de etapas tecnológicas. De ahí que las periodizaciones nunca deben tomarse como una historia de lo que pasó sino simplemente como una ayuda metodológica para ordenar los datos. Están equivocados quienes piensan que el ordenar sus datos por regiones o períodos están haciendo historia. Pretender que una periodización se conforme a una realidad social es una incomprendición total de la taxonomía como herramienta metodológica (Burcher, 1986: 25).

Asimismo, los lectores atentos seguramente ya habrán señalado la ausencia, prácticamente absoluta, de referencias teóricas o modelos explícitamente formulados. Esta ausencia no depende de un sesgo de nuestra lectura: es clara en los textos señalados hasta el momento. Una investigación que pareció cambiar radicalmente esta situación fue la realizada por Langebaek et al. (2000 y 2002) en el Valle de Aburrá al proponerse, explícitamente, trabajar sobre el problema del origen de los cacicazgos y, más aun, verificar las implicaciones arqueológicas de la propuesta de Carneiro (1962, 1970 y 1981) para las montañas del occidente de Colombia. Carneiro, basado en la información proporcionada por los cronistas de la Conquista —y con muy poca investigación arqueológica como respaldo—, propone que los *cacicazgos* (entendidos como

29 Aunque muchas de ellas han sido señaladas para lo Ferrería y para lo Marrón Inciso: asas pequeñas, bordes evertidos, aquillados, cuencos, etc.

30 Pese a que se menciona, el autor no ofrece ningún tipo de explicación al hecho de que se encuentren "piezas cerámicas del estilo Tardío pertenecientes a tumbas de pozo con cámara lateral y vasijas del estilo Marrón Inciso", y, como en casos anteriores, no se hacen comentarios respecto del hecho de que se trate de contextos ya saqueados o intervenidos drásticamente, y de que existe la posibilidad de que se esté fechando el momento de la intervención y no el momento de la utilización o construcción de los vestigios asociados.

entidad sociopolítica) “surgen” cuando el crecimiento demográfico genera competencia por suelos fértilles, en general limitados, por lo cual, a la larga, se desatan conflictos y guerras permanentes, y que seguramente por el establecimiento de alianzas se llegó a la subordinación de algunos a favor de un eje de poder o cacique. Los investigadores consideran de gran interés estas ideas en razón de que

La más conocida de las propuestas sobre el desarrollo de los cacicazgos es la de Carneiro. En opinión de este autor, las sociedades que describieron los españoles para las montañas del Occidente de Colombia, incluyendo las de la Cordillera Central y Occidental, son el típico ejemplo de cacicazgos desarrollados, donde líderes poderosos que habían acumulado riqueza basada en la obtención de tributo, eran quienes tenían el acceso al poder [...]. Se trataría de sociedades que habían superado la fase de aldeas autónomas de unos pocos cientos de personas que ocupaban grandes núcleos de población: aldeas de entre 500 y 1.000 habitantes habría sido la norma cuando entraron los españoles en la región (Langebaek et al., 2000: 17).

Con este marco conceptual de referencia y utilizando como metodología básica el “reconocimiento regional sistemático”—además de algunas excavaciones puntuales en sitios específicos (municipio de La Estrella, cerro del Padre Amaya y municipio de Girardota) sobre “lotes” cuyas características se consideraron de interés para el estudio— se calcularon —a partir del número de fragmentos localizado— tamaños relativos de asentamientos, concentraciones relativas de población y cambios demográficos, además de que se calculó la continuidad de los asentamientos entre períodos de ocupación, apoyados por análisis de suelos, polen, estratigráficos y de cerámica; todo enfocado a encontrar dentro de la secuencia temporal establecida las evidencias de la existencia de caciques y la guerra en que, se supone, vivía la gente prehispánica.

Las conclusiones finales del trabajo, ellas sí presentadas como hipótesis, no sustentan el modelo de Carneiro en sus aspectos más básicos: no fue posible ver la guerra, y los suelos fértilles no constituirían un factor determinante para la elección del asentamiento:

La densidad de la población es muy baja durante el Período Ferrería, como para postular la existencia de presión sobre las mejores tierras: El mayor crecimiento de la población y el desarrollo de jerarquías de asentamiento ocurre en la zona con suelos menos fértilles. Adicionalmente, no se encuentran áreas desocupadas que se puedan relacionar con el conflicto entre aldeas [...] Sí se puede hablar de conflictos por las tierras más fértilles, estos serían característicos de la ocupación prehispánica más tardía (Langebaek et al., 2002: 83).³¹

El crecimiento demográfico y el surgimiento de sociedades complejas en el Valle de Aburrá coincidirían con el interés por asentarse cerca a minas de oro y sal, y se relaciona con el periodo denominado Pueblo Viejo, asociado a la cerámica Marrón Inciso y la orfebrería Quimbaya Clásica. Cualquier parecido con las ideas

31 Véanse las reseñas de Guingue (2002) y Botero (2002) a propósito de “Arqueología y guerra en el Valle de Aburrá: estudio de cambios sociales en una región del noroccidente de Colombia.”

de Castillo, Santos y Bermúdez no es una mera coincidencia. Pese al despliegue matemático utilizado en la medición de la distribución porcentual del material cerámico por niveles, a partir de lo cual se infirió la densidad demográfica, las categorías analíticas son las mismas y se articularon de manera idéntica a la cronología, y si bien el análisis de la cerámica generó la identificación de los “tipos cerámicos del Valle de Aburrá” definidos a partir de su color y características dominantes —naranja fino, naranja fino erosionado, marrón inciso, carmelita inciso, café, habano, Aguas Claras café, Aguas Claras áspero, habano alisado y periodo reciente—, entraron a la memoria del computador como “ocupación Ferrería”, “ocupación Pueblo Viejo”, “periodo tardío” y “moderno o reciente”.³² Esto, a nuestro juicio, hace superfluo el ejercicio de depuración cronológica que se realizó con las 102 fechaciones absolutas conocidas en el momento para el Valle y el departamento. Sosteniendo que se trata de información sin contexto (fundamentalmente por no tener una asociación cerámica definida en los términos ya propuestos), analizan cada uno de los datos y concluyen que solo 22 fechas son aceptables y suficientemente sólidas para la determinación de una cronología clara asociada a los períodos. Para el Precerámico presentan solo una fecha (obtenida durante la investigación), 3 para Ferrería, 12 para Pueblo Viejo y 6 para Tardío, de lo cual resulta que

En el Valle de Aburrá se identifican cinco ocupaciones cuyo estudio permite hacer seguimiento a una larga secuencia de poblamiento humano. La primera corresponde a grupos precerámicos los cuales ocupaban la región desde al menos el III a. C. Las siguientes ocupaciones corresponden a Ferrería (siglo I a III d. C.), Pueblo Viejo (III d. C. a VII d. C.), Tardío (siglo VIII a XVI d. C.) y Reciente (siglo XVI d. C.). Excepto algunos problemas con la ocupación Ferrería, todos los períodos presentan una frecuencia ordenada y consistente con las fechas de radiocarbón obtenidas en la región, cuyo contexto es descrito claramente. Los resultados dejan abierta la posibilidad de que la población Ferrería se traslape con la de Pueblo Viejo, desde una época no determinada hasta el siglo III d. C. (81).

Estas son las conclusiones que aparecen publicadas. Sin embargo, es interesante anotar que en el informe de 2000, en el que no parece el tamizado de las fechas, se presentan los “Períodos de la Historia del Valle de Aburrá” en la siguiente secuencia: periodo Temprano 1 (Cal. 7.630 a. C.-4.530 a. C.), periodo Temprano 2 (Cal. 3.950 a. C.-800 a. C.), periodo Medio (Cal. 1.270 a. C.-780 d. C.), periodo Tardío (Cal. 660 d. C.-1.550 d. C.) y periodo Moderno (Cal. 1.550 d. C.-1.810 d. C.). Allí se integran plenamente los datos obtenidos por Castillo (1998) en el cañón del río Porce, incluida la “cultura o cerámica Cancana”, asociada al periodo Temprano 2.³³

32 En Langebaek et al. (2000: anexos; 2002: 107-122) se puede ver con claridad el tratamiento dado a estos “tipos”.

33 Si bien no es posible establecer las razones de este cambio, nos atrevemos a suponer que se hizo a la luz de la publicación *Nuevas memorias sobre las antigüedades neogranadinas o de la cronología en la arqueología colombiana y otros asuntos*, en la cual Santiago Mora (1997) se pregunta por lo que datan los arqueólogos y señala la poca información asociada al ya, en

Las lecciones de Porce

La investigación arqueológica realizada en el área de influencia de los embalses construidos por las Empresas Públicas de Medellín, sobre la cuenca del río Porce (Porce II y Porce III), es sin lugar a dudas la investigación más ambiciosa y de más largo alcance realizada durante los últimos años en la región, y posiblemente en Colombia. Enmarcada en la llamada arqueología preventiva (previa a la construcción de las obras), a lo largo de más de quince años de investigación reporta un total de 580 sitios arqueológicos, referidos principalmente por Castillo y Martínez (1992); Castillo (1998 y 2000);³⁴ Ardila et al. (1998); Castillo *et al.* (2002);³⁵ Forero (2004); Otero y Santos (2006) y Cardona (2007).³⁶ De las 106 dataciones absolutas obtenidas durante la investigación, 58 corresponden a 45 contextos habitacionales con fechas calibradas desde los 10.160 años a. C. hasta los 1.665 años d. C. (Cardona, 2007: 579, 581).

Incluso, solo contando con la síntesis realizada por Cardona, la cantidad y complejidad de la información de los hallazgos realizados en el Valle del río Porce es tal que desborda con creces las pretensiones de este artículo; la magnitud de los hallazgos, los matices del análisis y las interpretaciones son de tal naturaleza que impiden sopesarlos y catalogarlos de una misma manera. Por eso nos limitaremos a retomar las conclusiones y a señalar los elementos que a lo largo de nuestra propia investigación hemos considerado importantes y problemáticos. Para ello utilizaremos simultáneamente los informes de Otero y Santos (2006) y Cardona (2007), los cuales, si bien presentan información referida a sitios y hallazgos diferentes y sus

ese entonces, gran número de dataciones absolutas reportadas para el Valle de Aburrá y para Antioquia.

- 34 A pesar de que Porce II fue el momento de la investigación en que se obtuvo el registro más rico y sorprendente —al abordarse la totalidad del área a inundar—, no se tiene acceso a los respectivos informes técnicos; de ellos solo es posible consultar, en el Centro de Documentación de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Antioquia, una primera versión del informe de la primera etapa de excavaciones (Castillo y Martínez, 1992) y el informe de trabajo de campo de la segunda etapa de excavaciones (Castillo y Múnera, 1994). Los textos de Castillo (1998 y 2000) corresponden a publicaciones realizadas con el fin de informar a los pobladores de la zona el resultado de las investigaciones: el primero con una gran cantidad de material gráfico y el segundo carente de él.
- 35 Del informe técnico de investigación correspondiente a esta etapa de los estudios solo es posible tener acceso a versiones parciales en formato digital, que no incluyen fotografías, mapas, ni anexos. Información importante sobre el proceso de investigación puede encontrarse en los numerosos trabajos realizados por los estudiantes, entre los que se destacan las monografías de grado de Pino (1998) y Grisales (1996).
- 36 De este texto y del de Otero y Santos (2006) existen copias en formato *pdf* tanto en la Biblioteca Central como en el Centro de Documentación de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Antioquia.

interpretaciones tienen énfasis propios, no solo se encuentran íntimamente relacionados sino que están plenamente disponibles para su consulta y análisis.

No podemos dejar de destacar dos asuntos que consideramos determinantes. En primer lugar, que en cada una de las etapas de la investigación los espacios abordados estuvieron definidos por las exigencias y avance de las construcciones, lo cual determinó, además, que cada una de las etapas de investigación se realizara de manera independiente, de tal forma que la segunda investigación no generó —no podía generar— preguntas sobre la primera, ni la tercera sobre la segunda, etc. En segundo lugar, que pese a la variedad y sofisticación de los análisis realizados, las variables que finalmente los soportan y a las que llegan prácticamente la totalidad de las interpretaciones continuaron siendo la cerámica y la cronología.³⁷

La importancia y matices del análisis sobre la significación de los hallazgos más tempranos en Porce apenas están revelándose en revistas de alcance internacional.³⁸ El énfasis se ha hecho “desde un punto de vista ecológico”, indagando sobre el manejo que se da a los bosques subandinos; se trata de esclarecer el origen de la agricultura en los Andes septentrionales, y el análisis se articula a las propuestas y modelos relacionados con distintas partes del continente, sin que sea del todo claro (porque no es explícito) si los hallazgos de Porce presentan características específicas que permitan completar o cuestionar tales modelos.

Localmente, Otero y Santos (2006: 408-442) centran sus esfuerzos en presentar los sitios trabajados y en realizar profusas observaciones sobre la organización tecnológica, la movilidad y las implicaciones de orden social e ideológico de las evidencias localizadas, lo cual les permite proponer una secuencia cronológica presentada en términos de las ocupaciones prehispánicas del cañón del río Porce desde el Pleistoceno final hasta la época de la Conquista, refiriéndose a la existencia de “grupos” tempranos y tardíos. Los grupos tempranos los diferencian los autores en cazadores-recolectores del Pleistoceno final, cazadores-recolectores y horticultores del Holoceno temprano (10000 a 7000 años a. p.), y cazadores-recolectores y horticultores del Holoceno medio (7000 a 3000 años a. p.). El énfasis dado a las categorías de cazadores-recolectores y horticultores está soportado en este texto por análisis de suelos, polen, almidones y macrorrectos, por un intensivo análisis morfotecnológico y funcional y por el ejercicio experimental que se dio con la gran cantidad de instrumentos líticos tallados, pulidos, desgastados de desecho y en estado natural, recuperados durante esta investigación.

Cardona (2007), por su parte, toma como eje analítico los patrones de asentamiento, y para presentar la secuencia temporal se apega a las dataciones absolutas

37 Es de tener en cuenta que lo más temprano está definido como precerámico, y que sobre petroglifos, caminos e incluso muchos de los enterramientos no se realizaron descripciones, análisis ni comentarios más allá de los que señalan su existencia.

38 Castillo y Aceituno (2006) presentan y analizan dos de los primeros sitios excavados —por Castillo y Martínez (1992) y Castillo y Múnica (1994)— en Porce II.

para proponer la existencia de cazadores-recolectores del Pleistoceno final (10260 años a. p.), cazadores-recolectores y horticultores del Holoceno temprano (8000-6850 años a. p.), cazadores-recolectores y horticultores del Holoceno medio (4250-3250 años a. p.) y agricultores y alfareros del Holoceno tardío (2080 a. p.-370 años d. C.). En esta investigación, así como en la de Otero y Santos, pareciera estar claro que hasta 2080 años atrás, se trata de una ocupación continua del territorio, y sin ofrecer mayores explicaciones sobre lo que pasa desde entonces, la cerámica sigue siendo la gran protagonista: y no solo porque se considera que está íntimamente relacionada con el origen de la agricultura, sino porque a ella continúa articulándose prácticamente la totalidad de la información, para obtener como resultado principal, la afirmación de una secuencia temporal, presentada en términos de períodos.

La cerámica Cancana: ilustre y fascinante desconocida

A nuestro juicio, uno de los aspectos de mayor interés relacionado con la investigación en el cañón del Porce, está relacionado con el descubrimiento de vestigios de una producción cerámica muy temprana. Sin embargo, pese a que nos hemos concentrado en ello, no hemos logrado encontrar una descripción con las características que la definen como conjunto; y es importante anotar, además, que las referencias a esta cerámica no se realizan en términos de estilo ni periodo. Denominada *Cancana* en razón del lugar en donde esta cerámica fue datada por primera vez, Castillo nos informa que

Coincidiendo con el final del período en que se llevaron a cabo los enterramientos en el 021, es decir a mediados del sexto milenio a. p., las comunidades recolectoras que entonces habitaban la zona incorporaron un elemento nuevo en su tecnología: la cerámica asociada al período final de la ocupación de los sitios, la cual arqueológicamente nos permite diferenciar lo que hemos llamado períodos precerámico y cerámico en el desarrollo de estas sociedades. Estratigráficamente la cerámica aparece de manera más o menos abrupta y en miles de fragmentos; aunque pudiera existir un corto período de utilización experimental, una vez dominada la tecnología, se manufacturaron altas cantidades de vasijas, generalmente pequeños cuencos de paredes muy delgadas, y algunas vasijas cerradas de boca estrecha y cuerpo redondeado; cuando se rompían los fragmentos eran aprovechados junto con la piedra como parte de los materiales de relleno usados en la adecuación de pisos (Castillo, 1998: 48).

Si bien sobre la decoración no se hace ningún comentario, las láminas que acompañan el texto son ilustrativas al respecto. Además, las fotografías reportan dos elementos especiales: pequeñas “representaciones antropomorfas” y cerámica “de colores” de la cual Castillo anota: “Una de las particularidades tecnológicas en la elaboración de la cerámica Cancana, fue el uso de arcillas de por lo menos dos colores distintos para elaborar una misma vasija, al someterlas a cocción se lograba un especial efecto estético resultante de la combinación de rollos de distinto color, tal como se observa en estos fragmentos” (49, pie de fotos 27 y 28).

Las características más refereidas de la cerámica Cancana son el predominio de recipientes en forma de cuencos semiesféricos pequeños (80% del total de la muestra), con diámetros que en promedio varían entre 7 y hasta 20 cm, asociados a bordes directos con terminación adelgazada, con superficies bien tratadas y la aplicación de baños como acabado; las pastas bien cocidas, generalmente muy delgadas (entre 3 y 8 mm de grosor), con partículas minerales muy finas que producen texturas compactas. Si bien los fragmentos decorados son escasos (400 entre 100.000), cuando se registran presentan “alto número de motivos decorativos”, logrados principalmente a partir de la incisión, con muy poca cantidad de huellas de uso como hollines o ahumados producto de su exposición, poscocción, al fuego.³⁹ La gran cantidad de cerámica y lo recurrente de sus formas ha generado discusión sobre su funcionalidad (de servicio o ritual), sin que se den mayores argumentos al respecto y sin que se haya considerado una variable de gran importancia: el tamaño; esto, en razón de que es uno de los pocos aspectos a los que no se les han dedicado análisis estadísticos, y porque la observación que se ha realizado no se ha hecho considerando las formas completas sino los fragmentos (el dibujo reconstructivo solo se usa como ilustración, pero no como elemento importante para el análisis).

Además de estas características, uno de los aspectos más interesantes asociados a esta cerámica, a nuestro juicio, es que se encuentra gran cantidad de fragmentos concentrados en un solo lugar; al menos es así en los sitios de Porce, asociados a su vez a una gran cantidad de rocas en una matriz de suelo muy negro, en depósitos que alcanzan los 150 cm de profundidad. La idea de que se trataría de un componente más en la adecuación de “pisos” para viviendas no fue —ni ha sido— discutida ni verificada; no conocemos información sobre el tamaño total de estos depósitos, ni del detalle de sus contenidos, y no son explícitas las razones por las cuales no se consideraron categorías como las de basureros o talleres, ni conocemos observaciones o comentarios sobre los procesos de formación de los sitios. Por lo demás, nos es difícil establecer su relación con los lugares de abastecimiento de materias primas (arcilla, leña, etc.) ni con los demás sitios, y aunque se ha mencionado recurrentemente su relación con la cerámica temprana de sitios muy distantes —usándose una y otra vez la palabra “interacción”—, no se hace ningún tipo de ejercicio analítico al respecto:

La cerámica *Cancana* corresponde a una de las más antiguas de Suramérica [...] y se presenta asociada a grupos hortícolas, o grupos que no habían desarrollado todavía la agricultura y la vida en aldeas. Por su forma predominante, cuencos sencillos generalmente sin decoración, guarda relación con otras cerámicas tempranas de la costa Caribe colombiana y del continente, aunque presenta características propias que indican un

39 Desafortunadamente, los fragmentos decorados al parecer se extraviaron, y solo una de las cuatro figurinas reportadas se encuentra en el Museo de Antioquia. Sobre la cerámica bicolor no tenemos ningún otro reporte. A partir de allí, los próximos datos se encuentran en Otero y Santos (2006), quienes, si bien no realizan descripciones en estricto sentido, sí presentan fotografías y dibujos reconstructivos de la cerámica, que a falta de colecciones físicas de referencia se convierten en una guía para la comparación.

desarrollo regional. La cerámica Cancana ha sido hallada también en otras regiones de la zona montañosa de Antioquia, como en la serranía al Oriente de la cuenca del Porce, en el Municipio de Yolombó, donde fue fechada en 5.440 ± 70 y 3.280 ± 70 años a. p. [...]; en el Valle de Aburrá (cuenca alta del río Porce), en el área de la urbanización Pajarito, donde fue fechada en 3.700 ± 40 y 2.930 ± 40 a. p. [...]; y en el área de influencia del proyecto hidroeléctrico Porce III, en el yacimiento 12, donde fue fechada en 2.550 ± 60 y 1.940 ± 60 años a. p. [...].⁴⁰ Sin embargo, la mayoría de las fechas obtenidas en la cuenca del Porce se concentran entre 5.000 y 3.000 a. p. (Otero y Santos, 2006: 190).

Es importante señalar, además, que sobre los contextos diferentes a los de Porce no tenemos ninguna información, ni contamos con materiales físicos de referencia, a excepción de la investigación realizada por Pino y Forero, quienes reportan enterramientos localizados al interior de un abrigo rocoso en las cavernas del río Alicante en el municipio de Maceo. En el abrigo rocoso de Los Conservadores fueron halladas evidencias de ocupación en un lapso de tiempo que abarca desde el año 5320 a. C. hasta el año 1890 a. C. En relación con la cerámica (vasijas globulares, subglobulares, cuencos y platos), clasificada en los conjuntos Alicante Pintado, Alicante Inciso-Impreso y Alicante Liso, sus observaciones revelan:

En términos generales, la cerámica recuperada en esta caverna se caracteriza por tener paredes delgadas y muy delgadas de matriz compacta (93%) y eventualmente granular (6.5%) [...] las superficies sugieren un proceso cuidadoso de elaboración visible en superficies muy pulidas o con alisado interno y/o externo; el bruñido fue un tratamiento especial aplicado en ciertas superficies (2.3%) dándoles un aspecto de lustre o brillo [...] Algunos fragmentos presentan un delgado baño rojo en una o ambas superficies y líneas incisas diagonales en el cuerpo externo, muescas, triángulos y/o líneas angulares en la parte externa del borde como decoración; se observa la combinación de las técnicas incisa e impresa con líneas e hileras de dentado en el cuerpo externo y en la parte externa del borde, muescas en el borde externo e hileras de dentado en la cara externa del cuerpo, hileras de dentado y aplicaciones en forma de falsa asa; de igual forma, se evidencian residuos de pintura roja en la superficie externa, pintura negra en ambas superficies y engobe rojo en la cara externa. [...] Aspectos que guardan relación con conjuntos cerámicos tempranos registrados en algunos Valles interandinos del Macizo Central Antioqueño [...]. Estas particularidades se constituyen en elementos que indican un estilo alfarero desarrollado en la zona durante una fase temprana del proceso tecnológico cerámico (Pino y Forero, 2003: 112-114, 155).⁴¹

Además de proporcionar claros contextos, las características referenciadas señalan con fuerza otro aspecto no suficientemente considerado: la muestra cerámica *puede* estar afectada por procesos erosivos, lo cual deja en entredicho una de las características más mencionadas para la cerámica Cancana: la ausencia o poca

40 Es de señalar que los autores mencionan bibliografía no documentada al final del texto y a la cual no tenemos acceso.

41 En directa relación con los enterramientos localizados en la caverna del Tigre, la obtención de una fecha (3480 ± 70 a. p.) sugiere a los investigadores que “la inhumación debió llevarse a cabo en un periodo que podríamos llamar precerámico o durante un periodo de transición a la ocupación cerámica” (Pino y Forero, 2003: 46).

presencia de elementos “decorativos”. Considerando que ya no resulta “aceptable postular un esquema que dé cuenta únicamente de la metalurgia [o la cerámica], ya que esta no tiene un desarrollo independiente de la sociedad en su conjunto ni de las demás expresiones de la cultura material” (Lleras, 2007: 136) y que la cerámica es uno de los vestigios más evidentes y recurrentes, consideramos que todavía debe ser descrita, visibilizada y reconocida en sus contextos ya no solo para ser utilizada como marcador cronológico sino, entre otras cosas, con el objeto de conocer los matices y determinantes de su producción (véase Shimada (ed.), 1994).

Todo está revuelto

Algunas otras conclusiones, derivadas de la investigación en Porce, deberán ser consideradas por futuros investigadores; entre ellas la relacionada con la manera de hacer cerámica —“tecnología”—, la cual parece no variar a lo largo de la secuencia cronológica:

Luego de esta secuencia de pasos lógicos y exploratorios y de acuerdo con las variables empleadas en el análisis, se concluye que el análisis estadístico no muestra grupos contrastantes, lo cual señala que la cerámica es muy homogénea en sus aspectos tecnológicos a pesar de haber varios estilos que se diferencian en la secuencia regional. Igualmente, no se observan cambios en la cerámica a nivel vertical y espacial, lo cual sugiere que se trata de una tecnología muy generalizada con diferencias muy sutiles. Tampoco se pudieron establecer tipologías como indicadores cronológicos, debido a la homogeneidad de la cerámica y porque el material diagnóstico es muy escaso. Esta homogeneidad tecnológica de la cerámica también ocurre en la cerámica hallada en el Estudio de Impacto Ambiental [...] y la obtenida en el Valle medio del río Porce, en el área de influencia del proyecto Porce II (Castillo et al. en Otero y Santos, 2006: 344).

Por supuesto, la aceptación de esta afirmación exige el análisis y la evaluación de las variables consideradas, entre otras razones porque pudiera estar relacionada con el hecho de que, aparte de la cerámica Cancana, no ha sido posible establecer una secuencia cerámica clara. Como ha sido mencionado en distintas oportunidades, se presenta la mezcla de “estilos” no solo en la secuencia cronológica sino en la estratigráfica, lo cual ha sido atribuido recurrentemente a reocupaciones de sitios o a alteraciones de los mismos; sin embargo, las observaciones realizadas en Porce señalan que

[...] la tendencia más fuerte que muestran los conjuntos cerámicos en cuestión es a estar mezclados en los contextos, *donde no se observan alteraciones estratigráficas que permitan plantear reocupaciones de grupos distintos*, por el contrario las secuencias resultan con eventos deposicionales con tendencias a que los conjuntos cerámicos Marrón Inciso y Picardía se hallen estratificados pero en oscilaciones de frecuencias, es decir el primero (Marrón Inciso), se ubica en las partes más profundas de las secuencias deposicionales de los sitios, mientras que el segundo (Picardía) se encuentra en los niveles más superficiales de las secuencias deposicionales [...], en los que se sigue encontrando cerámica Marrón Inciso y en ningún caso un reemplazo de un estilo por otro. Para el estilo Ferrería, los pocos fragmentos que hemos asociado no presentan una tendencia clara en las secuencias deposicionales, pues en algunos sitios se hallan en la parte más profunda, mientras que en otros en la parte más superficial de las

secuencias. No obstante si tomamos en cuenta los datos del estudio de obras de infraestructura este conjunto cerámico presenta una tendencia fuerte a estar mezclado con la cerámica Marrón Inciso sin tendencias estratigráficas claras (Cardona, 2007: 610-611; el énfasis es nuestro).

Debe tenerse en cuenta que esta situación resulta problemática en razón de que los conjuntos/estilos han sido indisolublemente ligados a “grupos” distintos, en “periodos” históricos distintos, los cuales, así las cosas, quedan únicamente sostenidos por los datos cronológicos. Esto de ninguna manera ha cuestionado la idea de que las ocupaciones de los “grupos agrícolas” en el Valle medio del río Porce están “representados por los estilos: Ferrería, Marrón Inciso y Picardía” (26) en ese orden, presentando una secuencia evolutiva aún no cuestionada; una situación que, además, supone ignorar y paradójicamente mantener una cadena de ideas y paradigmas a nuestro juicio insostenibles. Lo veremos a continuación.

Lo Ferrería o un ejemplo de una categoría forzada

Nos interesa dejar claramente señalado que, a pesar de la insistencia de los investigadores en asignarle una calidad de marcador social y temporal a unos recipientes definidos como *Ferrería*, su presencia es, por decir lo menos, débil y errática. Ya hemos señalado la muy amplia cronología a la que se asocia: más de 1.500 años, durante los cuales, además, se suceden otros dos “periodos”. Asimismo, tuvieron que pasar más de diez años después de que fue mencionada la categoría por primera vez para que pudiéramos contar con datos nuevos sobre las características de esta cerámica: Santos (2006: 74-76) encuentra diferencias contrastantes en el desgrasante, como mayor contenido de feldespato en lo Ferrería y de mica en el Marrón Inciso en la cerámica localizada en el municipio de Envigado; y Otero y Santos encuentran que en Porce

[...] las vasijas del estilo *Ferrería* son de formas menos variables o estandarizadas y predominan los bordes evertidos horizontales, engrosados y adelgazados (64,41%), así mismo las paredes de las vasijas son generalmente delgadas (80,34%) y compactas (96,86%), con superficies alisadas y pulidas (81,19%), y en algunos casos, con baño (19,37%), o con rastros de su utilización en la cocción de los alimentos como hollín, costras carbonizadas o ahumado (5,98%). Esta cerámica no presenta engobe y la decoración es muy escasa (13,96%), elaborada con motivos incisos (10,25%) o impresos (3,41%) [...] y solo en un caso, con aplicaciones. De las 22 vasijas completas o fragmentadas recuperadas, una de ellas se relaciona con este estilo cerámico (Otero y Santos, 2006: 348-349, 351).⁴²

La cantidad de esta cerámica, es decir, su peso en la totalidad del registro arqueológico es algo sobre lo que tampoco se ha trabajado. Cardona, al realizar la síntesis y ponderación de los datos de Porce, saca conclusiones por demás reveladoras:

42 La única fecha claramente asociada a este estilo en Porce es de 2080 ± 40 a. p. (Beta 205281; yacimiento 35). En Envigado las fechas asociadas son: para el Marrón Inciso 1740 ± 60 años a. p. (Beta 218855) y 1650 ± 50 años a. p. (Beta 218857), y para Ferrería, a una profundidad de 165-175 cm, se obtuvo una fecha de 1520 ± 60 a. p. (Santos, 2006: 124).

El conjunto cerámico Ferrería, presenta una escasa diversidad en las formas de los recipientes así como en las decoraciones asociadas. Tenemos que exclusivamente lo constituyen vasijas globulares y subglobulares con buenos tratamientos y acabados de superficies, con dos formas de bordes (engrosados, adelgazados y directos), y a su vez una decoración asociada consistente casi exclusivamente en hileras de puntos ubicados en la cara interna de los bordes. Las anteriores características hacen que esta producción cerámica sea altamente estandarizada.

Las anteriores características, junto con las bajas frecuencias recuperadas y la no presencia de evidencias de haber sido empleada en la cocción de alimentos nos permiten proponer que posiblemente se trataba de una producción especializada destinada a una función particular que aún no podemos determinar (Cardona, 2007: 396).

Estas ideas adquieren relevancia si tenemos en cuenta que para todo el departamento solo contamos con 4 vasijas completas clasificadas dentro de este estilo. Dos de ellas provenientes de un hallazgo fortuito en el municipio de Yalí, y dos localizadas por arqueólogos profesionales, una en el municipio de Itagüí en terrenos que pertenecieron a la hacienda El Ranchito y otra en el cerro El Volador en la ciudad de Medellín (Acedo, 2003 y 2007; Santos y Otero, 1996). La vasija proveniente del cerro El Volador tiene apenas 7 cm de diámetro interno de boca y 9,5 de altura; su borde evertido y asas permiten considerarla como una vasija “típica” de este conjunto. La de El Ranchito tiene diámetro de boca interno de 28 cm y altura de 30 cm; el borde, y si bien aún no se tienen mayores datos sobre el contexto en que fue localizada, al verla, se considera “muy grande”; el borde, su rasgo más característico, es completamente evertido, y con más de 4 cm de ancho por lo que sobresale al diámetro del cuerpo, ello hace que se considere como “atípica” y en todo caso muy “rara”. Si consideramos el acabado de las superficies, el color, el grosor de la pasta y el desgrasante estaríamos ante vasijas completamente diferentes, resultando difícil localizarlas dentro del mismo tipo, máxime si consideramos que la de El Volador está claramente relacionada con un enterramiento “típico” de los grupos Marrón Inciso, lo que obligó a los investigadores a advertir que

Tres entierros no se ajustan al patrón anteriormente descrito. Uno de ellos corresponde a un entierro primario y directo en un pozo rectangular profundo [...] los otros dos corresponden a concentraciones de huesos y carbón depositados directamente en fosas sencillas a los lados del entierro primario. Las peculiaridades de estos entierros y la presencia de una vasija típica Ferrería en uno de los osarios, llevan a pensar que se trata de otro sistema de enterramiento, asociado a este estilo cerámico. Otra de las urnas con huesos calcinados corresponde al estilo Ferrería (Santos y Otero, 1996: 13-14).

A falta de materiales físicos de referencia, es necesario observar con atención el material gráfico y fotográfico reportado.⁴³ Al realizar este ejercicio sacamos como conclusión que lo Ferrería puede ser Tardío: las fotografías de fragmentos que no

43 La muestra no pasa de treinta fotografías y dibujos, entre los que solo una fotografía corresponde a una vasija completa: la de El Volador, tomada sin escala.

corresponden a bordes muy evertidos muestran con claridad superficies burdas, irregulares, erosionadas y pastas gruesas, de lo cual resulta que la única manera de probar la “evidente” existencia de los grupos portadores del estilo/periodo Ferrería son las fotografías de Castillo (1995).

Lo Marrón si es Marrón pero no tanto

Al contrario de lo que pasa con lo Ferrería, para lo Marrón Inciso tenemos cientos de fotografías, piezas completas, textos para analizar y hasta contextos, lo cual produce la sensación de que efectivamente se trata de un estilo plenamente identificado y caracterizado. De ahí que, al momento de ser presentada la información, se lo hace bajo la denominación más genérica: Marrón Inciso, convirtiéndose la categoría en una especie de sello seco que crea la impresión de una homogeneidad que está muy lejos de ser cierta, incluso si restringimos la observación solo considerando la acepción de “estilo”.

Una simple observación de los elementos gráficos que han sido publicados, o la visita desprevenida al museo de la Universidad de Antioquia, muestra con creces que la gran mayoría de las piezas clasificadas como Marrón Inciso no son marrón ni están incisas, y que muchas otras, a pesar de llevar tal nombre, no presentan ninguno de los atributos utilizados originalmente para definir el estilo,⁴⁴ lo que nos permite concluir que no se ha descrito debidamente ni analizado el conjunto cerámico así denominado. La identificación de “formas” tal y como se plantea no es suficiente para proponer tipologías, y dudamos incluso de que hayamos identificado “las tendencias generales” de los estilos cerámicos en Antioquia. La lectura de las categorías con que se describe esta cerámica no resiste mayor análisis: en primer lugar, porque se presentan aisladas de los objetos que, se supone, están describiendo; en segundo lugar, son pocas, muy generales, increíblemente abstractas, fragmentadas y —paradójicamente— la gran mayoría de las veces ignoradas al momento de asignarles datos cronológicos. Tal como lo anota Lleras (2007) al referirse a los estilos orfebres propuestos por Pérez de Barradas, una consecuencia importante del concepto de estilo

[...] fue la de crear la imagen de homogeneidad; de allí en adelante se supuso que cada área geográfica y, en algunos casos, cada grupo étnico tenía un solo estilo determinado por preferencias tecnológicas y formales. Esto facilitó el reconocimiento de las tendencias generales pero dificultó la comprensión de la variabilidad interna de las áreas arqueológicas; las piezas procedentes de una determinada región que no encajaban dentro de la

44 En estricto sentido, así se define el Marrón Inciso: “El estilo es más conocido por sus urnas funerarias, de forma columnar-bulbosa y de color marrón oscuro. Las urnas tienen decoración incisa en diseños de ‘espina de pescado’, con bordes modelados festonados y, de vez en cuando, con figuras o caras humanas en bajo relieve del mismo estilo que el de las piezas en oro. También existen urnas totalmente modeladas, por lo común en la forma de mujeres desnudas en cuclillas, del mismo estilo” (Bruhns, 1990: 11).

descripción general del estilo se volvieron problemáticas. A largo plazo fueron quedando por fuera del sistema clasificadorio muchos objetos “atípicos” que, por no clasificarse ni estudiarse, dejaron vacíos de conocimiento importantes (Lleras, 2007: 133).

Igual sucede con lo Tardío, con el agravante de que, como ser “burdo” es su principal característica, ha sido menos fotografiado al igual que soslayada su presencia en toda la secuencia estratigráfica y cronológica. Una atenta lectura de lo que se ha definido como sus características, nos permiten postular que lo Tardío puede ser cualquier cosa y provenir de cualquier parte:

El estilo cerámico *Picardía*⁴⁵ también se distribuye por el Valle medio del río Porce en el área del proyecto Porce II [...], en donde fue definido originalmente, y se relaciona con estilos que se presentan en el noroccidente de Antioquia y el Valle medio del río Magdalena. [...] la cerámica de la ocupación más reciente se distribuye ampliamente por las laderas medias y altas del Valle bajo del río Porce, y si bien, no se precisan las características formales y estilísticas de los recipientes, se plantea una relación tentativa con el estilo *Inciso con Borde Doblado*, del noroccidente antioqueño. A pesar de la dispersión de rasgos tecnológicos y estilísticos comunes, las marcadas diferencias regionales sugieren también una dinámica de interacción entre élites o caciques de distintas regiones (Otero y Santos, 2006: 400; el énfasis es nuestro).

La muy amplia dispersión que parecen tener los estilos cerámicos es otro asunto sobre el que no se ha realizado ninguna indagación; a pesar de que lo Cancana ha sido fuertemente relacionado con la cerámica más temprana de la costa Caribe colombiana, que el río Magdalena es un referente permanente y que lo Marrón Inciso al igual que lo Tardío se encuentra mucho más allá del Macizo Central Antioqueño en prácticamente todas sus direcciones, no se han planteado hipótesis ni comentarios al respecto. En realidad, en la mayoría de los casos ni siquiera se documenta o describen los elementos a partir de los cuales se plantea este “parecido” o relación, que tiende a interpretarse tácitamente como interacción entre grupos culturalmente distintos. En la bibliografía consultada se encontraron solo dos casos en los que se presenta algún detalle sobre la manera en que se evidencian los elementos más allá de sus fronteras reconocidas: en primer lugar, las tumbas de túmulo, consideradas características de los Sinú, y que aparecen en Antioquia datadas por Girón (1989) y mencionadas por Castillo (1988 a y b): “El complejo funerario de túmulos se extiende por la región de Frontino hasta cerca de Urrao, hacia el río Cauca, el punto de máxima penetración se sitúa en Buriticá, allí uno de los túmulos fue fechado en el siglo V d. C. (440 d. C.) pero se desconocen los límites temporales de la ocupación” (Castillo, 1988b: 33).⁴⁶

45 Así se denomina la cerámica tardía de Porce.

46 Estos túmulos fueron nuevamente mencionados por Girón (1989) y Acevedo, Piazzini y Botero (1995), e investigados por Piazzini (2004: 39, 43), quien los reporta en un área de 2.000 km², asociados a fechas calibradas que los remontan de la franja 810-410 a. C. a la franja 380-660 d. C.

En segundo término, Richard Cooke (1998), al hacer una relectura de los hallazgos de Gerardo Reichel-Dolmatoff (1961 y 1962) en la bahía de Cupica, sobre la costa pacífica colombiana, señala entre otras cosas la clara presencia de cerámica Sinú, y de cerámica reconocida como “Incisa con Borde Doblado” (Castillo, 1988; Cooke, 1998: gráfica 8.4), lo que le permite esta conclusión: “During the first occupation (Cupica phase I), which seems to have occurred between cal AD 400 and 750, pottery styles suggest interactions with the Atrato, Sinú, and Middle Cauca rivers. This axis accords well with current knowledge about regional geography and the postcontact distribution of native groups” (Cooke, 1998: 103). Señalamos que, si bien no se menciona, también pudiera tener allí presencia lo Marrón Inciso; la figura 8.3 de la publicación muestra vasijas reseñadas por Dolmatoff como “roja bañada” y “carmelita fina”, idea indirectamente apoyada en la constante referencia al oro localizado en San Pedro de Urabá y referido por Uribe (1988) como “quimbayoide”. ¿Se trata de cosas “parecidas”? ¿Existen elementos suficientes para señalar “relaciones”? ¿Qué significaría esto? ¿Circulación de bienes, gente, ideas o modas? Lo mismo sucede con el oro: está en todas partes, pero se presentan muy pocas hipótesis sobre por qué, cómo e —incluso— dónde pudo suceder esto:

Para el 300 d. C. se encuentran evidencias de trabajo de los metales en todas las áreas de la región andina y las costas Pacífica y Atlántica [...] El Valle Medio del Cauca posee un corpus de fechas coherente que permite distinguir entre los Períodos Quimbaya Temprano (siglos III a. C. a III d. C.) y Quimbaya Tardío (siglos VIII a XIII d. C.) con la salvedad de que este último perduró hasta la Colonia (Lleras, 2007: 140).

Al menos para la cerámica, consideramos que una de las razones de esta falta de preguntas está relacionada con la idea de las “variantes regionales”, asociada a la presencia de elementos que no se ajustan completa o parcialmente a los modelos y que impiden cuestionarlos en la medida que, como es lógico, pueden existir tantas variantes como lugares excavados, y mantenerse la idea del mismo estilo y del mismo periodo. Esto, que en principio puede ser cierto, banaliza el modelo de tal manera que lo hace inoperante, pero sobre todo enmascara diferencias que pudieran estar señalando, cuando menos, la posibilidad de fronteras más amplias.⁴⁷

Es importante anotar además que lo Tardío se daría durante un periodo de tiempo que iría, por lo menos, del año 700 al 1750: mil años en los que se incluye la irrupción abrupta de la Conquista y la Colonia, sin que medie ningún tipo de conside-

47 Una síntesis de las “variantes” que se percibían en el momento se presenta en un texto cuyo origen y destino resultan prácticamente inexplicables: el *Atlas arqueológico de Antioquia* (Acevedo, Piazzini y Botero, 1995). A pesar de tratarse de un texto con una singular perspectiva y con todo el potencial para haber orientado la investigación arqueológica en la región, el informe y los mapas originales parecen haberse perdido en el mismo momento en que fueron terminados, haciéndose muy difícil establecer cuál de las versiones digitales —sin fotografías y sin mapas— que circulan entre los especialistas está más cerca de lo entregado por los autores.

ración a propósito de sus efectos sobre la producción cerámica nativa o criolla.⁴⁸ Las propuestas de Langebaek et al. (2000) de dividir lo que se considera Tardío en dos grupos —Tardío propiamente dicho (Cal. 660 d. C.-1550 d. C.), del cual los autores anotan que “Existen dificultades para caracterizar las sociedades de este período, pues es el menos conocido en la arqueología antioqueña y los datos disponibles no son contrastables con la gran diversidad étnica que reportan las fuentes históricas” (Langebaek et al., 2000: 90), y período Moderno (Cal. 1550 d. C.-1810 d. C.), con 7 fechas y sin más comentarios, y la de Obregón, Cardona y Gómez (2004) de referirse a Unidades Cronológicas de Análisis como 1 (primer milenio d. C.), 2 (siglo XII-siglo XV d. C.) y 3 (Colonia y República), de ninguna manera subsanan este hecho, además de que, por seguir atados a las características cerámicas ya definidas, el ejercicio de detallar la cronología no logra sugerir cambios en el panorama interpretativo de la región. La mención más clara que encontramos al respecto la hace Cardona, quien reporta por lo menos una docena de dataciones absolutas, critica la poca atención sobre la cerámica colonial y señala que:

El comportamiento de la baja visibilidad cerámica en la Colonia puede explicarse a través de la idea de que a pesar que se continua manufaturando recipientes en arcilla con tecnología prehispánica después de la llegada de los españoles, la importancia de la alfarería como vehículo que ayuda a la configuración de redes sociales y a la demarcación de lugares, al parecer deja de serlo, *posiblemente* porque la relación con los españoles es de una dominación tal que rompe con la dinámica de relaciones sociales que se tenían desde la época prehispánica a nivel regional (Cardona, 2007: 390-391; el énfasis es nuestro).

Reflexiones para terminar, un poco para provocar

Como se ha intentado mostrar a lo largo del texto, los esfuerzos de la investigación arqueológica en la región han sido orientados fundamentalmente por el interés de encontrar, definir y caracterizar las sociedades prehispánicas a lo largo del tiempo. Lo que consideramos problemático es que ello se ha hecho asumiéndose de manera directa y unívoca que unos recipientes, estilos cerámicos, por lo demás muy poco conocidos, representan unas sociedades específicas e históricas. Esto deviene en algo así como “una contradicción en sus términos”, postulada contra toda evidencia pasada o moderna, y cuestionada incluso por las mismas dataciones absolutas con las que se pretende validar tal correlación. Sin embargo, este interés y asociaciones se han mantenido y establecido de tal manera en los idearios e imaginarios de los investigadores, que parece imposible ver e investigar las cosas de otra manera.

Hacemos énfasis en el hecho de que estos planteamientos han pasado de manera directa y sin comentarios a los trabajos de grado realizados por los estudiantes y se

48 A pesar de que, incluso, muchos de los contextos podrían dar cuenta de la resistencia y sobrevivencia de las sociedades indígenas durante la Colonia; véase, por ejemplo, Botero (2002a).

filtra sin más a la pléthora de trabajos que suscitó el auge constructor público y privado vivido en los últimos quince años. Pese a que la secuencia cronológica se haya extendido hasta 10.000 años atrás, y a pesar de que los hallazgos se hayan multiplicado exponencialmente, la interpretación de los datos se centra en la presentación de la secuencia cronológica para perderse irremediablemente; una secuencia en la que no caben, se ignoran —o entran en el limbo de lo “colonial”— vestigios de gran magnitud como petroglifos, estructuras en piedra, “vallados”, tumbas y caminos,⁴⁹ en un ejercicio que no exige conocer el detalle de la relación entre objetos, la descripción de los “rasgos”, las distancias, los tamaños, la ubicación precisa, etc., etc.

Así, en decenas de informes, si bien se alude a la cerámica con gran cantidad de referencias teóricas y ejemplos de otros lugares, y aun cuando en la fase de laboratorio —y durante meses— se incluyen en complejas bases de datos las características físicas de cada uno de los fragmentos —con la idea de, con ayuda de la lógica estadística, buscar asociaciones, agrupaciones, comportamientos que *pudieran* revelar características específicas del sitio de donde se extrajeron— de antemano se establece que la cerámica es Ferrería, Marrón Inciso o Tardío, y se omite completamente su descripción y la presentación de alguna fotografía o dibujo de reconstrucción. No se intenta establecer la relación entre la información que proporcionan tablas y diagramas y los contextos en donde se excavó; contextos que, además, en la mayoría de los casos, tampoco interesó describir ni definir.

Tratando de explicar este hecho encontramos que, más que en las asociaciones, la base de la circularidad argumental es metodológica, y allí el problema más evidente lo encontramos en la carencia de preguntas de orden general y teórico, como ya muchas veces se ha dicho; pero también —y sobre todo— alrededor de su propio ejercicio. La ausencia de preguntas elementales sobre cómo, por qué y para qué se hace lo que se hace, conduce a que el uso de las técnicas y la metodología se torne en un asunto de aplicación mecánica, que se supone neutro o científico, ignorando que una u otra elección afecta de manera determinante el trabajo y el registro que realiza el investigador. Esto se evidencia con creces en omisión de información o en producción de “datos” que no es posible evaluar o verificar, y en la citación acrítica y mecánica de ideas y autores invocados únicamente por su valor de autoridad.

También es muy notoria la reiterada utilización de palabras como *élites*, *caicazgos*, *complejidad* o *complejización*, *especialistas*, *jerarquía*, *diferenciación*, *estatus*, *cambio social*, etc., las cuales, si bien tácitamente implican un modelo teórico de referencia —que determina la interpretación de los hallazgos—, son *palabras* que no se utilizan en calidad de referentes sino como *hechos*, por lo demás absolutos, que no es necesario poner a prueba o demostrar. Así, el *modelo* toma el lugar de

49 Vestigios que se mencionan porque se imponen en el paisaje y que, por no ser producto de una búsqueda consciente y sistemática, solo excepcionalmente cuentan con información sobre su localización.

los datos, los hace innecesarios, y aunque la mayoría de las veces está implícito, asume la forma y la función de la historia y de los procesos sociales. Con tal lógica, el investigador solo debe mostrar que conoce el modelo. Algo parecido sucede con la utilización de categorías descriptivas tomadas de la geografía: *terrazas, aterrazamiento o ladera*, entre otras, toman de una frase a otra la calidad de *contexto*; se transforman en *unidades habitacionales* o *sitios* a los que, sin más, se les endilga toda la carga de la organización espacial y social que, teóricamente, el investigador pretende abordar.

Así las cosas, la metodología y teoría parecieran ser asuntos de moda y no de exigencia del ejercicio analítico. Véanse los estudios de Polen, por ejemplo: a pesar de los numerosos estudios de este tipo realizados en el marco de las investigaciones arqueológicas, la gran mayoría de las veces presentados de manera descontextualizada en los anexos; por su carácter extremadamente puntual, por no tenerse preguntas frente a ellos, por realizarse sin análisis del sitio y con poco o ningún control sobre la muestra, y por estar, en todo caso, amarrados sus resultados a las zonas de vida propuestas por Holdridge (1978); estos estudios proporcionan poca o ninguna información, y con ellos se está lejos de conocer la historia natural de las regiones, y pareciera incluso que se desconociera la potencialidad y limitaciones de esta herramienta.

De otro lado, si midiéramos la popularidad o el interés de algo por el número de veces que aparece mencionado, podríamos afirmar que en nuestro medio no cuenta con ninguna popularidad la idea de obtener o construir *conocimiento*. Tampoco parece existir interés en establecer (y asumir) las diferencias que existen entre explicar e interpretar, a pesar de que lo uno no existe sin lo otro. Lo que ha gozado de total popularidad y aceptación entre nosotros es la *interpretación*, solo que como no se menciona la palabra es difícil de demostrar que se trata, efectivamente, de un ejercicio de interpretación más que de cualquier otra cosa.

Se trata, además, de un ejercicio en el que los arqueólogos, investidos de lo que consideran las más convenientes racionalidad, objetividad y precisión científica, han omitido cualquier ejercicio para comentar —ja quien pudiera ocurrírsele refutar!— las ideas, afirmaciones e imágenes que campean en los textos de historia sobre *desorganizados, salvajes, guerreros, caníbales y despotas*, o como quiera que haya sido que los conquistadores describieron a quienes les ofrecieron resistencia; omiten, además, cualquier descripción, comentario o valoración que pueda salirse de lo que consideran modelos ciertos o por lo menos funcionales, evitando, con gran cantidad de artilugios verbales, referirse a personas, trabajadores, productores, artistas o creadores, evadiendo así la posibilidad de acercarse a los individuos, a las sociedades, que produjeron y usaron los vestigios que excavan. Lo que consideramos la consecuencia más grave de este proceder no es el galimatías en que se convierten las descripciones y los informes así escritos, sino el hecho de que no permite construir, en ningún público, sentidos, significaciones o imágenes que remitan de alguna

manera a la gente que en el pasado remoto, durante milenios, vivió y murió en estos territorios. Así, ¿cómo lograr identidades?

Nuestra conclusión no puede ser más simple: el registro arqueológico en Antioquia todavía debe ser evidenciado, descrito y analizado, y, en lo posible y en lo pertinente, revisando también los textos y las enseñanzas de los viejos maestros.

[...] el arqueólogo excavador no debe desenterrar cosas, debe exhumar gentes. Por mucho que pueda analizar, tabular y disecar sus descubrimientos en el laboratorio, la conexión final a través de las edades, ya se trate de un intervalo de 500 o de 500.000 años, es de una inteligencia a otra, de un hombre sensible a otro igualmente sensible. Nuestras gráficas y fichas nada son si finalmente no significan eso

Sir Mortimer Wheeler, *Arqueología de campo*

Bibliografía

- Acevedo, Jorge (2003). *Aldea y sistema de canales del siglo III d. C. en el Valle de Aburrá. Plan de manejo arqueológico “El Ranchito”*. Predios del Sur S. A., Medellín.
- _____ (2007). *Proyecto urbanístico Ciudadela Suramérica: documento resumen Plan de Manejo Arqueológico “El Ranchito*. Predios del Sur S. A. Medellín, 84 p.
- Acevedo, Jorge; Piazzini, Emilio y Botero, Silvia (1995). *Atlas arqueológico de Antioquia*. Instituto de Estudios Regionales INER, Universidad de Antioquia, Secretaría de Educación Departamental de Antioquia, Medellín.
- Arango, Leocadio María (1905). *El museo de D. Leocadio*. Academia Antioqueña de Historia, Medellín.
- Arango Cano, Luis (1924). *Recuerdos de la guaquería en el Quindío*. Editorial de Cromos, Luis Arango & Compañía, Bogotá.
- Arcila, Graciliano (1977). *Introducción a la arqueología del Valle de Aburrá*. Museo Universitario, Universidad de Antioquia, Medellín.
- Ardila, Gerardo; Bermúdez, Mario; Castillo, Helena; Buitrago, Liliana; Martín, Juan Guillermo; Gutiérrez, Javier; Orrego, Sandra; Pérez, Diego; Murillo, Gonzalo y Villa, Fredy (1998). *Prospección arqueológica del Valle de Riachón y de un área del cañón del río Porce, noroeste de Antioquia, Colombia*. Informe final. Universidad de Antioquia, Empresas Públicas de Medellín, Medellín.
- Bermúdez, Mario (1997). “Los grupos portadores del estilo cerámico Tardío en el centro del departamento de Antioquia”. En: *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Medellín, Vol. 11, N.º 27, pp. 187-201.
- Botero, Silvia; Monsalve, Óscar y Múnera, Luis Carlos (1998). “Nuevos contextos arqueológicos fechados en el Macizo Central Antioqueño”. En: *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Medellín, Vol. 12, N.º 29, pp. 148-167.
- Botero, Sofía (2003). “La nación de entre los tres ríos, o ensayos de relectura sobre fuentes documentales”. En: *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Medellín, Edición Especial, pp. 185-219.
- _____ (2002). “Reseña del texto: ‘Arqueología y guerra en el Valle de Aburrá: estudio de cambios sociales en una región del noroccidente de Colombia’”. En: *Arqueología del Área*

- Intermedia. Sociedad Colombiana de Arqueología, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá, N.º 4, pp. 173-174.
- _____. (2002a). “Entre rocas, espacios sagrados. Actividad humana antigua en los organales de Tíribí”. En: *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Medellín, Vol. 16, N.º 33, pp. 77-99.
- _____. (2000). “Del depósito a la referencia, de los fragmentos cerámicos al patrimonio arqueológico”. En: *Revista de Extensión Universidad Nacional de Colombia*, Medellín, N.º 44, pp. 53-64.
- _____. (1999). *Catálogo colecciones de referencia arqueológica Museo Universitario*. Universidad de Antioquia, Medellín.
- Botero, Sofía y Vélez, Norberto (1995). “Algunas reflexiones sobre el registro cerámico arqueológico en Antioquia”. En: *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Medellín, Vol. 9, N.º 25, pp. 100-118.
- Bruhns, Karen Olsen (1990). “Las culturas prehispánicas del Cauca Medio”. En: *Arte de la tierra. Quimbayas*. Banco Popular, Bogotá, pp. 10-14.
- _____. (1970). “Stylistic affinities between the Quimbaya gold style and a little known ceramic style in the Middle Cauca Valley, Colombia”. En: *Ñawpa Pacha*, Berkeley, N.º 7-8, pp. 65-84. (Reimpreso en: Cordy-Collins y Stern, Jean [eds.] [1977]. *Precolumbian Art History*. Alana Peek Publications, Menlo Park, California, pp. 257-276).
- Burcher, Priscilla (1986). “Periodos arqueológicos en el continente americano”. En: *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Medellín, Vol. 8, N.º 20, pp. 13-26.
- Cadavid, Gilberto (1989). “El Macizo Central Antioqueño”. En: *Colombia prehispánica. Regiones arqueológicas*. Instituto Colombiano de Antropología —ICAN—, Colcultura, Bogotá, pp. 65-68.
- Cárdenas, Felipe (1987). “La arqueología en Colombia: ¿inducimos, deducimos o imaginamos?”. En: *Revista de Antropología* Vol. III, N.º 2, Departamento de Antropología Universidad de los Andes Bogotá, pp. 157-165.
- Cardona, Luis Carlos (2007). *Del Arcaico a la Colonia. Construcción del paisaje y cambio social en el Porce medio. Estudio arqueológico en el marco de la construcción de las obras principales del proyecto hidroeléctrico Porce III. Contrato 29990427815*. Informe final. Centro de Investigaciones Sociales y Humanas —CISH—, Universidad de Antioquia, Empresas Públicas de Medellín, Medellín.
- Carneiro, Robert (1981). “The Chiefdom: Precursor of the State”. En: Jones, G. D. y Kautz, R. R. (eds.). *The Transition to Statehood in the New World*. Cambridge University Press, Cambridge, pp. 37-79.
- _____. (1970). “Theory of the Origin of the State”. En: *Science*, N.º 169 (3947), pp. 733-738.
- _____. (1962). “The aboriginal cultures of Colombia”. En: Wilgus, C. (ed.). *The Caribbean-Contemporary Colombia*. University of Florida Press, Gainesville, pp. 22-34.
- Castillo, Neyla (2006). “Herencia milenaria y orden sagrado. Dos ejemplos en el arte precolombino en Antioquia”. En: *Artes plásticas en Antioquia. Biblioteca Virtual de Antioquia*. Instituto para el Desarrollo de Antioquia —DEA—, Medellín. [En línea] www.antioquiadigital.com; www.viztaz.com.co. Consulta: mayo de 2007.
- _____. (2000). *Inventando a los ancestros. Un cuento sobre la arqueología en el proyecto hidroeléctrico Porce II*. Empresas Públicas de Medellín, Medellín.

- Castillo, Neyla (1998). *Los antiguos pobladores del Valle medio del río Porce. Aproximación inicial desde el estudio arqueológico del proyecto Porce II*. Empresas Públicas de Medellín, Universidad de Antioquia, Medellín.
- ____ (1996). "Las culturas indígenas prehispánicas". En: Melo, Jorge Orlando (ed.). *Historia de Medellín*. Compañía Suramericana de Seguros, Bogotá, Tomo I, pp. 44-55.
- ____ (1995). "Reconocimiento arqueológico en el Valle de Aburrá". En: *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Medellín, Vol. 9, N.º 25, pp. 49-90.
- ____ (1988a). "Complejos arqueológicos y grupos étnicos del siglo XVI en el occidente de Antioquia". En: *Boletín del Museo del Oro*, Bogotá, N.º 20, pp. 16-34.
- ____ (1988b). "Las sociedades indígenas prehispánicas". En: Melo, Jorge Orlando (dir.). *Historia de Antioquia*. Suramericana de Seguros, Compañía de Cementos Argos y Banco Industrial Colombiano, Medellín, pp. 23-41.
- ____ (1984). *Investigaciones de un complejo funerario en el municipio de Sopetrán, Departamento de Antioquia*. Informe de investigación. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá.
- Castillo, Neyla y Aceituno, Javier (2006). "El bosque domesticado, el bosque cultivado: Un proceso milenario en el Valle medio del río Porce en el noroccidente Colombiano". En: *Latin American Antiquity*. Society for American Archaeology, Vol. 17, N.º 4, pp. 561-578.
- Castillo, Neyla y Gil, Hernán (1992). *Antioquia pasado aborigen*. Banco de la República, Universidad de Antioquia, Medellín.
- Castillo, Neyla y Martínez, Luz Elena (1992). *Territorio y cultura de los antiguos pobladores del Porce Medio. Arqueología de rescate en el área de influencia del proyecto Porce II*. Centro de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad de Antioquia, Medellín.
- Castillo, Neyla y Múnera, Luis Carlos (1994). *Proyecto de arqueología de rescate Porce II. Segunda etapa de excavaciones*. Centro de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad de Antioquia, Empresas Públicas de Medellín, Medellín.
- Castillo, Neyla y Santos, Gustavo (1992). *Proyecto arqueológico Valle del Aburrá, cerro El Volador*. Universidad de Antioquia, Medellín.
- Chang, K. C. (1977). *Nuevas perspectivas en arqueología*. Alianza, Madrid.
- Cooke, Richard (1998). "Cupica (Chocó). A reassessment of Gerardo Reichel-Dolmatoff's fieldwork in a poorly studied region of the American tropics". En: Oyuela Caicedo, Augusto y Scott Raymond, J. (eds.). *Recent advances in the archaeology of the northern Andes in memory of Gerardo Reichel-Dolmatoff*. The Institute of Archaeology, University of California, Los Angeles, Monograph 39, pp. 91-106.
- Dunnell, Robert (1992). "The notion site". En: Rossignol, Jacqueline y Wandsnider, LuAnn (eds.). *Space, time and archaeological landscapes*. Plenum Press, New York, pp. 21-41.
- ____ (1986). "Methodological issues in americanist artifact classification". En: Schiffer, Michael B. (ed.). *Advances in Archaeological Method and Theory*. Academic Press, Orlando, Vol. 9, pp. 149-207.
- ____ (1977). *Prehistoria moderna. Introducción sistemática al estudio de la arqueología prehistórica*. Istmo, Madrid.
- Flórez, Franz (2001). "Cacicazgos del edificio Colombia prehispánica. Limitaciones metodológicas de un esquema 'al alcance de los niños'". En: *Arqueología del Área Intermedia*, Bogotá, N.º 3, pp. 95-151.

- Flórez, Franz; Mora, Santiago y Patiño, María Isabel (1997). “De la edad de piedra... a la edad de la inocencia”. En: Mora, Santiago y Flórez, Franz (eds.). *Nuevas memorias sobre las antigüedades neogranadinas o de la cronología en la arqueología colombiana y otros asuntos*. Colciencias, Guadalupe, Bogotá, pp. 9-27.
- Forero, Juan Carlos (2004). *Prospección arqueológica en la línea de transmisión eléctrica y subestación a 500 kV. Porce III*. ISA-Empresas Públicas de Medellín, Medellín.
- Girón, Jesús Mario (1989). *Arqueología de Buriticá, un asentamiento minero prehispánico*. Monografía de grado, Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia, Medellín.
- Gnecco, Cristóbal (1995a). “Prácticas funerarias como expresiones políticas: una perspectiva desde el suroccidente de Colombia”. En: *Revista Colombiana de Antropología*, Bogotá, N.º XXXII, pp. 85-102.
- _____. (1995b). “Praxis científica en la periferia: notas para una historia social de la arqueología colombiana”. En: *Revista Española de Antropología Americana*. Universidad Complutense de Madrid, Madrid, N.º 25, pp. 9-22.
- _____. (1999). “Sobre el discurso arqueológico en Colombia”. En: *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Medellín, Vol. 13, N.º 30, pp. 147-165.
- Gómez, Liliana y Espinal, Carolina (2001). *Aproximación al estudio de las producciones cerámicas regionales en el departamento de Antioquia*. Trabajo de grado, Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia, Medellín.
- Gómez, Liliana y Obregón, Mauricio (2003). “Un taller alfarero prehispánico. La producción cerámica más allá del ámbito doméstico”. En: *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Medellín, Vol. 17, N.º 34, pp. 162-184.
- Grisales Ramírez, Natalia (1996). *Informe sobre la cerámica temprana del yacimiento 021, ubicado en el Valle medio del río Porce*. Trabajo de grado, Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia, Medellín.
- Guingue, Lucas Mateo (2002). “Reseña de: ‘Arqueología y guerra en el Valle de Aburrá: estudio de cambios sociales en una región del noroccidente de Colombia’”, Carl Henrik Langebaek, Emilio Piazzini, Alejandro Dever, Iván Espinosa. Bogotá, 2002. En: *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Medellín, Vol. 15, N.º 32, pp. 122-123.
- Holdridge, Leslie R. (1978). *Ecología basada en zonas de vida*. Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas IICA, San José de Costa Rica.
- Langebaek, Carl (2003). *Arqueología colombiana. Ciencia, pasado y exclusión*. Colciencias, Bogotá.
- _____. (1996). “La arqueología después de la arqueología en Colombia”. En: *Dos lecturas críticas. Arqueología en Colombia*. Fondo de Promoción de la Cultura, Banco Popular, Bogotá, pp. 9-42.
- Langebaek, Carl; Piazzini, Emilio; Dever, Alejandro y Espinosa, Iván (2002). *Arqueología y guerra en el Valle de Aburrá: estudio de cambios sociales en una región del noroccidente de Colombia*. Centro de Estudios Sociales, Uniandes, Departamento de Antropología Universidad de los Andes, Strata, Instituto Francés de Estudios Andinos, Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular, Bogotá.
- _____. (2000). *Prospección arqueológica del Valle de Aburrá y sus ecosistemas estratégicos. Estudio regional de cambios sociales en una región del occidente de Colombia*. Informe final. Área Metropolitana del Valle de Aburrá, Corporación Autónoma Regional del Centro de Antioquia —Corantioquia— Unión Temporal Strata Ltda.-Centro de Investigaciones Socioculturales e Internacionales de la Universidad de los Andes, Medellín.

- Lleras Pérez, Roberto (2007). "La metalurgia prehispánica en el norte de Suramérica: una visión de conjunto". En: *Metalurgia en la América antigua. Teoría, arqueología, simbología y tecnología de los metales prehispánicos*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Instituto Francés de Estudios Andinos, Bogotá, pp. 129-159.
- Londoño, Wilhelm (2006). "Los hijos de las quebradas: caracterización cultural de la configuración política nasa". En: Gnecco, Cristóbal y Langebaek, Carl (eds.). *Contra la tiranía tipológica en arqueología: una visión desde Suramérica*. Facultad de Ciencias Sociales, CESO, Universidad de los Andes, Uniandes, Bogotá, pp. 175-189.
- Martínez García, Luz Helena (1989). *Asentamientos prehispánicos en la Cordillera Occidental, municipio de Peque, Antioquia*. Trabajo de grado, Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia, Medellín.
- Martínez, Luz Elena; Botero, Silvia y Monsalve, Óscar (2000). *Localización y contextualización de los asentamientos Aburráes*. Programa de Poblamiento, Impactos y Dinámicas Territoriales, Corporación Autónoma Regional del Centro de Antioquia Corantioquia, Medellín.
- Montoya, Marta Gladys (1992). *Asentamientos prehispánicos y contactos culturales en el occidente de Antioquia: municipio de Anzá*. Trabajo de grado, Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia, Medellín.
- Montoya y Flórez, Juan Bautista (1922). "Titiribíes y Sinifanáes". En: *Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña*, Medellín, Vol. 4, N.º 5-8, pp. 535-594.
- Mora, Santiago (2000). "Ámbito, pasado y presente en la arqueología colombiana". En: *Arqueología del Área intermedia*, Popayán, N.º 2, pp. 153-181.
- _____. (1997). "La paradoja. ¿Procesos en la arqueología colombiana?". En: Mora, Santiago y Flórez, Franz (eds.). *Nuevas memorias sobre las antigüedades neogranadinas o de la cronología en la arqueología colombiana y otros asuntos*. Colciencias, Guadalupe, Bogotá, pp. 45-71.
- _____. (1990). "Anotaciones a un modelo: ¿Qué estudia la arqueología en el área muisca?". En: *Revista de Antropología*. Universidad de los Andes, Bogotá, N.º 6, pp. 164-170.
- Nieto, Luis Eduardo (1991). *Asentamientos prehispánicos en el suroccidente antioqueño. Municipio de Armenia*. Informe final, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá.
- Obregón, Mauricio (2003). "Poblamiento prehispánico del Valle de Aburrá: nuevos apuntes sobre un discurso fragmentado". En: *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Medellín, Edición Especial, pp. 125-156.
- _____. (1999). "De los tiestos a los textos. Elementos para un análisis al respecto de las categorías clasificadorias de la cerámica arqueológica en Antioquia". En: *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Medellín, Vol. 13, N.º 30, pp. 166-178.
- Obregón, Mauricio; Cardona, Luis Carlos y Gómez, Liliana (2004). *Ocupación y cambio social en territorios del Parque Regional Arví*. Contrato 5014. Informe final de investigación. Corporación Autónoma Regional del Centro de Antioquia Corantioquia, Medellín.
- Otero, Helda (1992). "Dos períodos de la historia prehispánica de Jericó, departamento de Antioquia". En: *Boletín Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales*. Banco de la República, Bogotá, Vol. 7, N.º 2, 65 p.
- Otero, Helda y Santos, Gustavo (2006). *Las ocupaciones prehispánicas del cañón del río Porce. Prospección, rescate y monitoreo arqueológico. Proyecto hidroeléctrico Porce III-Obras de infraestructura. Contrato 030417922*. Informe final. Subgerencia Proyectos Generación, Empresas Públicas de Medellín, Centro de Investigaciones Ciencias Sociales y Humanas CISH, Universidad de Antioquia, Medellín.

- Piazzini, Emilio (2004). *Arqueología en la cuenca del río La Herradura. Municipios de Frontino, Cañas-gordas y Abriaquí en el noroccidente antioqueño*. Empresas Públicas de Medellín, Medellín.
- _____. (2003). “Graciliano Arcila y la arqueología en Antioquia”. En: *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Medellín, Edición Especial, pp. 17-40.
- _____. (1995). *Historia de la arqueología en Antioquia: contextos teóricos y sociales*. Trabajo de grado, Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia, Medellín.
- _____. (1993). “Las colecciones arqueológicas del Museo Universitario de la Universidad de Antioquia”. En: “El Marrón Inciso de Antioquia”. Museo Nacional, Bogotá, pp. 25-36.
- Pino Salazar, Jorge (1998). *Pensamiento, gesto e instrumento: el proceso tecnológico. Transformación del cuarzo en un sitio del holoceno temprano en el Valle medio del río Porce, Antioquia, Colombia*. Trabajo de grado, Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia, Medellín.
- Pino, Jorge Iván y Forero, Juan Carlos (2003). *Refugio de piedra. Ocupación humana y entorno natural en las cavernas del río Alicante, Maceo-Puerto Berrio (Antioquia)*. Informe final de investigación. Corporación Autónoma Regional del Centro de Antioquia Corantioquia, Medellín.
- Reichel-Dolmatoff, Gerardo ([1986] 1997). *Arqueología de Colombia. Un texto introductorio*. Segunda Expedición Botánica, FUNDABOTANICA, Biblioteca de la Presidencia de la República, Bogotá, 3.ª ed.
- _____. (1965). *Colombia: Ancient peoples and places*. Tamer and Hudson, Londres.
- _____. (1962). “Una nueva fecha de carbono – 14 en Colombia”. En: *Revista Colombiana de Antropología*. Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá, N.º 11, pp. 331-332.
- _____. (1961). “Investigaciones arqueológicas en la costa Pacífica de Colombia 1. El sitio de Cupica”. En: *Revista Colombiana de Antropología*. Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá, N.º 10, pp. 237-330.
- Santos, Gustavo (2006). *Una tumba de cancel en el Valle de Aburrá. Prospección y rescate arqueológico del área de la urbanización Álamos del Escobero, municipio de Envigado*. Vértice Ingeniería, Sección Archivo Histórico, Secretaría de Educación para la Cultura del Municipio de Envigado, Envigado-Antioquia.
- _____. (1998). “La cerámica Marrón Inciso de Antioquia. Contexto histórico y sociocultural”. En: *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Medellín, Vol. 12, N.º 29, pp. 128-147.
- _____. (1995a). “El Volador: las viviendas de los muertos”. En: *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Medellín, Vol. 9, N.º 25, pp. 11-48.
- _____. (1995b). “Las sociedades prehispánicas de Jardín y Riosucio”. En: *Revista Colombiana de Antropología*, Instituto Colombiano de Antropología, Santafé de Bogotá, Vol. xxxii, pp. 247-287.
- _____. (1993). “Una población prehispánica representada por el estilo cerámico Marrón Inciso”. En: *El Marrón Inciso de Antioquia*. Museo Nacional, Universidad de Antioquia, Medellín, pp. 39-55.
- _____. (1989). “Las etnias indígenas prehispánicas y de la conquista en la región del Golfo de Ura-bá”. En: *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Medellín, Vol. 6, N.º 22, p. 7-171.
- _____. (1986). “Investigaciones arqueológicas en el oriente antioqueño. El sitio Los Salados”. En: *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Medellín, Vol. 6, N.º 20, pp. 45-80.
- Santos, Gustavo y Otero, Helda (2003). “Arqueología de Antioquia: balance y síntesis regional”. En: *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Medellín, Edición Especial, pp. 71-123.

- Santos, Gustavo y Otero, Helda (1996). *El Volador: una ventana al pasado del Valle de Aburrá. Informe final segunda y tercera fase de investigación*. Secretaría de Educación y Cultura de Medellín, Centro de Investigaciones Sociales y Humanas —CISH— Universidad de Antioquia, Medellín.
- Santos, Gustavo y Otero Helda (1996). *El Volador: una ventana al pasado del Valle de Aburrá. Informe final segunda y tercera fase de investigación*. Secretaría de Educación y Cultura de Medellín, Centro de Investigaciones Sociales y Humanas —CISH— Universidad de Antioquia, Medellín, 65 p. más álbum fotográfico anexo.
- _____. (2003). “Arqueología de Antioquia: balance y síntesis regional. En: *Boletín de Antropología*, Edición Especial. Universidad de Antioquia, Medellín: pp. 71 - 123.
- Shimada, Izumi (ed.) (1994). *Tecnología y organización de la producción cerámica prehispánica en los Andes*. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Uribe Ángel, Manuel (1985 [1885]). *Geografía general del estado de Antioquia en Colombia*. Secretaría de Educación y Cultura del Departamento de Antioquia, Medellín, Colección Autores Antioqueños, Vol. 11.
- Uribe María Alicia (1988). “Introducción a la orfebrería de San Pedro de Urabá, una región del noroccidente colombiano”. En: *Boletín del Museo del Oro*, Bogotá, N.º 20. Banco de la República, pp: 35 – 53.
- Wheller, sir Mortimer, (1961 [1954]). *Arqueología de Campo*. Fondo de Cultura Económica, México, Buenos Aires, 270 p.
- Zerda, Liborio (1972 [1883]). *El Dorado*. Biblioteca Banco Popular, Bogotá.